

NOVELAS DE SUSPENSO

S

SERVICIO SECRETO

diamantes por las nubes

clark carrados



DIAMANTES POR LAS NUBES

Servicio secreto Nº 1170

Perteneciente a la colección PULP aportada por Minino Gris.

©1973, Carrados, Clark

©1973, Bruguera, S.A.

Colección: Servicio secreto

ISBN: 9788402416599

Generado con: QualityEbook v0.84

DIAMANTES POR LAS NUBES

CLARK CARRADOS

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.170

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Depósito legal: B. 49.131 —1912

ISBN 84-02-416594

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: enero, 1973

© CLARK CARRADOS —1973 *texto*

© MIGUEL GARCIA —1973 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,

S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.304. — Trampeando a los tramposos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.166. — Luz verde para el asesino.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

994. — Kity Monterrey.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717. — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
103. — El rastro del oro es rojo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
36. — Destinos de sangre.



MUY PRONTO

Se hallará a la venta la
nueva serie

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CAPÍTULO PRIMERO

LA muchacha parecía sentirse perseguida por alguien. Caminaba con pasos muy rápidos y, de cuando en cuando, volvía la cabeza como si quisiera confirmar la certidumbre de sus sospechas.

Era de buena estatura y pelo claro. Vestía con sencillez, pero con gusto; los colores de su vestido, bastante vivos, resultaban muy adecuados no sólo al tono de su cabello, sino a su propia silueta, de gran esbeltez. Un observador superficial habría dicho que era un «palillo», pero las formas que se adivinaban bajo la tela eran netamente femeninas y de una solidez total.

El hombre caminaba detrás, a una distancia prudencial. Sally Stelling se detuvo una vez para contemplar el interior de un escaparate, pero, en realidad, para vigilar a su perseguidor. Sí, era cierto, aquel tipo caminaba tras ella desde hacía rato y sin ánimo de cesar en su persecución.

Era un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, de buena planta, ancho de hombros y de manos recias. En su rostro, además de la nariz machacada típica de un boxeador, se veían algunas cicatrices que no contribuían precisamente a hacerle atractivo a primera vista. En Sally crecía constantemente el sentimiento de que aquel sujeto quería gastarle una nada agradable jugarreta.

«Quizá lo que quiere es asesinarme», se dijo, notando que su nerviosismo aumentaba de punto.

Debía despistarlo. Una vez volvió la cabeza y creyó que se había distraído. No lejos había la entrada de un gran edificio, aparentemente destinado a oficinas comerciales, y Sally aprovechó la ocasión para escabullirse en su interior.

El gran vestíbulo, debido a que era sábado, estaba prácticamente desierto. Sally hubiese querido que el vestíbulo se hallase completamente lleno, como sucedía los restantes días de la semana,

pero eso era pedir un imposible.

Una muchacha se aburría en el puesto donde se vendían periódicos y bombones, además de tabaco y algunas chucherías. El conserje parecía muy enfrascado en los pronósticos de las carreras que ya se estaban celebrando en los hipódromos londinenses.

Sally se movió irresoluta de un lado para otro. El ascensorista la contemplaba con moderado interés. De pronto, Sally se detuvo ante un espejo y empezó a arreglarse un poco el alborotado pelo.

La figura del boxeador apareció de pronto en el umbral del edificio, reflejada en el espejo. Sin pensárselo dos veces, Sally corrió hacia el ascensor.

—Último piso —pidió atropelladamente.

—Sí, señorita —contestó el empleado.

Las puertas del ascensor se cerraron. En el último instante, Sally pudo ver la cara de decepción de su perseguidor. Le resultó imposible contener un típico gesto de burla: sacar la lengua. Los labios del boxeador se movieron, como si pronunciase una maldición, pero Sally dejó de verlo casi en el acto.

Aguardaría arriba a que su perseguidor se marchase. Los números fueron corriendo en el indicador de pisos del ascensor, hasta que el operador le anunció el final de trayecto:

—Último piso, señorita.

—Gracias —contestó Sally.

Salió al corredor y miró irresoluta a derecha e izquierda. No había demasiadas puertas; era un ático y los departamentos eran más bien escasos en aquella planta. Pero, al menos, se consideraba a salvo.

Estaba equivocada. De repente vio algo que se movía sobre el dintel de la puerta del otro ascensor.

Era el indicador de movimiento. Sally se sintió aterrada.

El boxeador no cejaba en la persecución. Era sábado, no había nadie en el edificio.

Resultaba tan fácil asesinar a una persona en tales condiciones, pensó, llena de pánico.

Había que buscar un refugio. Sally vio una puerta a pocos pasos y tanteó el pomo.

—Está abierto —casi gritó, en el momento en que hacía girar la puerta, tras la cual consideraba se hallaba su salvación.

La fotografía mostraba a un atildado caballero de mediana edad y frondosos mostachos, ataviado con lo que parecía un convencional traje de campaña, incluidos un casco y prismáticos en bandolera. Había tres individuos también en la fotografía, además de una hermosa mujer de unos veintisiete o veintiocho años, cuya mano se posaba lánguidamente sobre el brazo izquierdo del supuesto explorador.

Aquella fotografía formaba parte de una información singular:

«Míster Duke H. Fields intentará muy pronto, por tercera vez, batir la marca de distancia en globo libre. Hemos hablado con él y nos ha manifestado que sus fracasos anteriores no lo desaniman en absoluto. "Atravesaré el continente europeo desde la costa occidental francesa hasta los Dardanelos", ha asegurado el señor Fields rotundamente...»

El joven que leía el periódico se echó a reír.

—Los hay chiflados —dijo.

La barquilla del globo, con sus cuerdas, sacos de lastre y demás complementos, era el fondo de la fotografía. El joven pensó que un corto viaje en globo podía resultar agradable, pero no la aventura de intentar atravesar Europa de cabo a rabo.

El señor Fields, según sus propias manifestaciones, era de la casta de aventureros que habían construido el Imperio británico. Ya que no podía conquistar nuevas tierras, conquistaría la marca mundial de distancia en globo libre.

«Y si esta vez no lo consigo con el *Audax*, lo conseguiré con el *Blue Dart*, que es el nuevo globo que me están construyendo. No me rendiré jamás.»

Tales eran las últimas manifestaciones del señor Fields, según el periodista. El joven acababa de leer el reportaje cuando le pareció que no estaba solo en la habitación.

Levantó la cabeza. Una chica muy mona se apoyaba en la puerta, con las mejillas encarnadas y el pecho agitado por una viva respiración.

—Hola —dijo ella con una sonrisa de circunstancias.

—¿Qué tal, señorita?

—Pe... Perdone que me haya metido en su despacho...

—No es mi despacho, señorita, sino mi casa. Y también la suya, por supuesto.

—Gracias... Siento molestarle, pero me persiguen... Ah, perdone, me

llamo Sally Stelling.

—Urban Meldiver —se presentó el joven—. ¿Ha dicho que la persiguen?

El pulgar de Sally señaló hacia la puerta.

—Sí... A... ahí fuera está el..., el hombre —dijo entrecortadamente.

Meldiver frunció el ceño.

—Será cosa de llamar a la policía —dijo.

—No, por favor —exclamó Sally precipitadamente—. No se moleste, no quiero líos... Ese tipo no me encontrará y acabará por marcharse.

Meldiver avanzó hacia la muchacha. «A ver si es una demente escapada de algún manicomio», pensó.

—Miraré en el pasillo —dijo—. Haga el favor de apartarse a un lado, señorita Stelling.

—Sí..., sí, señor.

Sally dio un par de pasos laterales. Meldiver abrió la puerta y oteó el corredor en todas direcciones.

—No veo a nadie —declaró segundos después.

Sally dejó escapar un hondo suspiro.

—Menos mal —dijo—. Señor Meldiver, no sabe cuánto le agradezco su..., su hospitalidad.

—Ha sido un placer —aseguró el hombre sonriendo—. Pero, ¿de veras la perseguían?

—Sí, se lo aseguro.

—¿Por qué? ¿Ha hecho usted algo malo?

Sally volvió a suspirar.

—Como no sea haber aceptado el empleo hace unos meses en... Pero no me haga caso, quizá no son más que figuraciones mías —manifestó. De repente escudriñó el rostro del hombre que tenía frente a sí—. Oiga, su cara me parece conocida.

Meldiver sonrió.

—Tal vez —admitió.

—Su cara y su nombre me suenan... pero, en estos momentos, no caigo. Bien, señor Meldiver, permítame darle las gracias de nuevo. Me siento muy reconocida por sus atenciones...

—He cometido con usted una grave descortesía: no la he invitado a una copa. O acaso prefiera una taza de té —dijo él.

Sally movió la mano.

—Oh, no, no es necesario que se moleste —rechazó la oferta—. Ya

me voy; insisto en que no quiero seguir molestandole.

—Como guste, señorita Stelling.

Sally abrió la puerta.

—La acompañaré hasta el ascensor —dijo Meldiver.

Ella no contestó. Meldiver caminó a su lado hasta alcanzar el ascensor más próximo. Presionó el botón de llamada y esperó. A su lado, Sally hurgaba en su bolso, al parecer en busca de cigarrillos y fósforos.

El ascensor se detuvo. La puerta se abrió automáticamente.

Sally lanzó un agudo chillido al ver que el boxeador se arrojaba encima de ella. El instinto la hizo dar un tremendo salto hacia atrás, pero el boxeador no la siguió esta vez.

No podía hacerlo: se lo impedía el puñal que tenía clavado hasta la empuñadura en el centro de la espalda y que apareció claramente a la vista cuando el cuerpo del sujeto hubo quedado tendido en el centro del pasillo.

Capítulo

II

—DE modo que ninguno de los dos conocían al interfecto —dijo el inspector Cardyne, de Scotland Yard.

Sally negó con la cabeza. Meldiver meneó la cabeza.

—Era la primera vez que le veíamos —declaró.

—El asesino golpeó certeramente —dijo Cardyne—. Sólo necesitó una puñalada, para partirle el corazón.

—Un hombre hábil, indudablemente —comentó Meldiver.

Cardyne torció el gesto.

—Diríase que lleva el sello de Mahjar Rahjantra..., pero no puedo asegurar nada. Estoy seguro de que no hallaremos huellas dactilares en el mango del puñal...

—¿Quién era la víctima, inspector? —preguntó Cardyne interesadamente.

—Ben Bullock, antiguo boxeador y ahora un rufián y matón de la peor especie. El país no pierde nada con su muerte, pero ello no obsta para que investiguemos.

—El apellido de Rahjantra parece hindú —observó Sally.

—Sí, cierto —confirmó Cardyne.

Un hombre entró en aquel momento y saludó al inspector.

—He interrogado detenidamente al personal del vestíbulo —manifestó el sargento Collins—. Ni el conserje, ni la chica del puesto de periódicos, ni el ascensorista han visto a nadie más que a la señorita Stelling y a la víctima.

—¿Es posible que un tipo como Rahjantra se les haya pasado desapercibido? —se extrañó Cardyne.

Collins hizo un gesto ambiguo, como queriendo decir: «Lo siento, pero así es».

Cardyne meneó la cabeza.

—Este asunto nos va a dar muchos disgustos —rezongó, de no muy buen humor—. Bien, les dejo —se despidió—. Ya se les avisará para prestar declaración en regla.

—Sí, inspector —contestó Meldiver.

Cardyne se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió y miró al joven, sonriendo. —Quizá este caso le suministre alguna idea para uno de sus cuentos policiales —dijo.

—Es posible —admitió Meldiver—. El título, además, salta en el acto: «Un muerto en el ascensor».

—No está mal —concedió el policía.

Meldiver y Sally quedaron a solas.

—Ahora ya recuerdo de qué le conocía a usted —dijo Sally—. He leído algunos de sus cuentos en la revista *Murder Weekly*. Tienen la costumbre de publicar fotografías de los autores.

—Sí, pero, además, también soy abogado. La literatura policial es para mí sólo un divertimento, claro que no rechazo los ingresos que ello me proporciona, como puede comprender.

—Por supuesto. —Sally suspiró—. Creo que ya no me queda otro recurso que marcharme. Le aseguro que siento infinito los disgustos que le he proporcionado...

—No se preocupe —rió Meldiver—. Me he distraído un poco y, como ha dicho el inspector Cardyne, el suceso puede proporcionarme tema para uno de mis relatos. Pero —consultó la hora en su reloj— me parece ya un poco tarde. ¿Le importa que la acompañe a su casa?

Sally titubeó un poco.

—Si no le es demasiada molestia...

—A decir verdad, ya había dejado el trabajo. Tengo un caso enrevesado entre manos y ello me ha costado mi fin de semana.

—Lo que ha sido mi suerte, porque, de otra forma, usted no habría estado en casa y yo me habría visto muy apurada.

—No se preocupe más, ya ha pasado todo. Es un claro asunto de ajuste de cuentas entre criminales.

Meldiver abrió la puerta. En el momento de cruzarla, Sally dijo:

—Encuentro extraño que viva usted casi en el corazón de Londres. Muy pocos lo hacen así, señor Meldiver.

—El piso me sirve de despacho y vivienda a un tiempo. Todavía no he ahorrado lo suficiente para poder comprarme una casita en el campo —explicó el joven.

El ascensor les condujo a uno de los sótanos del edificio, donde Meldiver tenía su coche. En el momento de salir a la calle, Meldiver preguntó a la muchacha dónde vivía.

Ella le indicó la dirección.

Luego añadió:

—Pero si no le importa y ya puesto en el trance de ser el sùmmum de la amabilidad, le agradecería pasara antes por mi oficina. Quiero recoger mis cosas personales, para no volver allí jamás.

—Estoy por entero a su disposición —contestó Meldiver.

* * *

—Hay algunas cosas que no me gustan de esta compañía —dijo Sally, mientras el ascensor les conducía al piso donde estaba la oficina en que ella trabajaba—. Y después de lo que me ha ocurrido hoy, ya no pienso volver con Potter y Cía.

—¿A qué negocios se dedican? —preguntó él.

—Transportes de todas clases, en el país y al extranjero también.

—Ah, ya entiendo.

—En realidad, Potter y Cía. no posee más vehículos propios que los de sus directivos y empleados. Tienen contratos con otras empresas, que son las que les transportan las mercancías a todas partes. Aunque yo diría que alguna de esas empresas no es sino una filial de la Potter.

—Pudiera ser. Suele hacerse así en los negocios —convino Meldiver.

El ascensor se detuvo.

—Yo trabajo directamente con el señor Potter —explicó Sally, en tanto buscaba algo en su bolso—. La anterior secretaria se despidió porque se casaba y él me probó a mí. Yo trabajaba de simple mecanógrafa, ¿sabe?

—Indudablemente, el señor Potter encontró en usted las virtudes necesarias de una buena secretaria —sonrió Meldiver.

—El sueldo es bueno, pero después de lo que me ha pasado hoy, no seguiría aquí ni por el doble —declaró Sally, a la vez que insertaba la llave en la cerradura de la puerta.

Los ojos de Meldiver estudiaron unos momentos el rótulo que, en cristal negro y letras doradas, anunciaba el nombre de la empresa:

«Potter y Cía. Transportes Internacionales».

Sally abrió y encendió las luces. Meldiver pudo ver una larga hilera de mesas de trabajo, con toda clase de máquinas de oficina.

—Un negocio importante —observó.

—Lo es, ciertamente —corroboró Sally.

Había una puerta de vidrio al fondo. Sally avanzó rectamente hacia ella. Meldiver quedó a mitad de camino, muy ocupado en encender un cigarrillo.

De pronto, oyó un grito sofocado.

Levantó la cabeza. Sally, apoyada en una de las jambas de la puerta, aparecía palidísima, a punto de desmayarse.

Meldiver corrió hacia ella.

—¿Qué le sucede, señorita Stelling? —preguntó, alarmado.

Sally abrió la boca. Quería hablar, pero se sentía incapaz de articular palabra.

Meldiver cruzó el umbral. Sentado en el propio sillón de trabajo de la muchacha, había un hombre.

—A éste le ha tocado la puñalada en el pecho —dijo Meldiver, a la vez que torcía el gesto.

—¿E... es... hoy el fin... de semana dedicado a..., a los asesinatos? —preguntó Sally con voz desfallecida.

—Lo que yo diría mejor es que se ha desencadenado una epidemia de puñaladas —gruñó Meldiver.

El hombre estaba sentado con la cabeza ligeramente ladeada. Su mano derecha estaba aún apoyada en el cajón del mismo lado, que estaba abierto a medias.

Había algunos papeles en el suelo. Con grandes precauciones, Meldiver se acercó al propio despacho de Potter.

Estaba muy revuelto. Alguien había buscado algo, sin preocuparse del desorden que dejaba tras sí. Meldiver empezó a pensar que las sospechas de Sally sobre la licitud de algunos de los negocios de Potter y Cía. estaban más que justificadas.

Volvió al antedespacho. El rostro del muerto llamó especialmente su atención.

En aquella cara aparecían unas características raciales inconfundibles. Meldiver hizo un gesto con la cabeza, a la vez que decía:

—Me parece que esta vez, a Mahjar Rahjantra, le han dado una dosis

de su propia medicina.

Sally le llamó de pronto:

—Señor Meldiver.

El joven se volvió.

—¿Sí?

—¿Va... a llamar a la policía?

Meldiver titubeó un instante.

—Debería hacerlo, pero...

—Nos vamos a ver metidos otra vez en un buen lío —se lamentó Sally.

—Eso sí es cierto —convino él—. Espere —dijo de pronto.

Algo asomaba por el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta del muerto. Era un papel y Meldiver, con infinito cuidado, lo extrajo, procurando no tocar otra cosa del cadáver.

El papel estaba doblado en dos. Al desplegarlo, Meldiver leyó: mente y lo guardó en la billetera—. En todo caso, el enigma se presenta satisfactoriamente intrigante.

—Vaya, ahora me sale con que es aficionado a descubrir crímenes por su cuenta y riesgo y, además, haciendo la competencia al Yard.

—El caso es muy interesante —insistió Meldiver, a la vez que empujaba a la muchacha hacia la salida.

C-4-K-8877-Yn

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha a la que la curiosidad vencía al temor de hallarse al lado de un asesinado.

—Parece una contraseña... —Meldiver se mordió los labios—. Me lo voy a quedar —decidió bruscamente.

Sally le miró con expresión inquisitiva.

—¿Para qué? —quiso saber.

—Todavía no puedo darle una respuesta —dijo Meldiver—. Es, simplemente, curiosidad.

—Para la policía puede ser una pista importante —alegó ella.

—El inspector Cardyne no tardará en averiguar quién es el muerto —se defendió Meldiver—. Y tiene muchos más medios que yo, ¿comprende?

—Oiga, no me diga que piensa investigar por su cuenta.

El joven sonrió.

—Tal vez, ¿quién sabe? —dobló el papel cuidadosamente y lo guardó en la billetera—. En todo caso, el enigma se presenta satisfactoriamente intrigante.

—Vaya, ahora me sale con que es aficionado a descubrir crímenes por su cuenta y riesgo y, además, haciendo la competencia al Yard.

—El caso es muy interesante —insistió Meldiver, a la vez que empujaba a la muchacha hacia la salida.

Capítulo



EL lunes por la mañana, Meldiver recibió dos visitas.

El primero de sus visitantes era una hermosa mujer, de aspecto sumamente distinguido y cuya edad calculó en unos treinta años. Era alta, de formas opulentas, pero también esbelta, y vestía con singular elegancia. El vestido era sumamente escotado, sin apenas hombreras, lo supo Meldiver cuando ella dejó deslizarse la estola de piel de visón con que se cubría los hombros.

—Soy Aracne Worth —se presentó la dama—. Creo que hace días recibió usted una carta mía, señor Meldiver.

El joven la miró estupefacto.

—Usted es...

—Exactamente —concedió ella con encantadora sonrisa—. La misma persona que firmaba A. Worth en la carta que le escribí.

—Dispénsame, señora, pero me siento absolutamente confundido —dijo Meldiver—. Por supuesto, no me imaginaba que el autor de aquella carta fuese una mujer; pero, aunque lo hubiera sabido, jamás habría sospechado su belleza ni remotamente.

Aracne hizo una gentil inclinación de cabeza.

—Galante, pero exagerado —manifestó—. Realmente, no pensaba visitarle en persona, pero he tenido precisión de desplazarme a Londres y por ello he aprovechado para visitarle a usted y solicitar la respuesta personal a mi carta.

—Así pues, usted, señora Worth, desea...

—Sí, justamente, abogado. Deseo que se encargue usted de representarme en todos mis asuntos legales. Por supuesto, no habrá inconveniente en aceptar sus minutas.

—Es un tema que puede esperar —sonrió Meldiver—. Pero antes de aceptar, debería conocer aunque fuese medianamente, sus negocios...

—No tengo negocios —declaró la visitante—. Sólo propiedades, algunas rurales y, las más, en acciones y bonos bancarios. Pero todos los documentos están en mi residencia de Weathrust Tower. ¿Por qué no viene a visitarme el próximo fin de semana? Haré que le preparen una de las habitaciones de los huéspedes y, en pocas horas, creo, estará impuesto de mis asuntos económicos.

Meldiver titubeó un instante, pero aceptó casi enseguida.

—Iré el próximo viernes, señora Worth —aseguró.

Ella se puso en pie y le tendió una mano enguantada.

—Tengo la impresión de que he encontrado al hombre apropiado para que se ocupe de mis asuntos legales —dijo—. Ah, me olvidaba, Weathrust Tower está a diez kilómetros al noroeste de Dweree.

—Una vez pasé por Dweree —sonrió Meldiver—. Me pareció un lugar encantador, señora Worth.

—Lo es, en efecto. Ha sido un placer, abogado Meldiver.

—Me siento muy honrado, señora.

Aracne se despidió, dejando una tenue fragancia de flores y plantas silvestres en el despacho. Meldiver respiró a fondo.

Luego, casi en voz alta, dijo:

—¡Qué mujer, qué mujer!

El teléfono, restallando de modo inesperado, vino a cortar en flor unos sueños apenas iniciados.

Meldiver hizo una mueca.

—Importuno —apostrofó al aparato.

Pero lo levantó y se lo llevó a la oreja.

—Meldiver —dijo.

—¡Hola! —sonó en los oídos del joven una voz conocida—. ¿Ha leído los periódicos, abogado?

—Por encima —contestó Meldiver—. ¿Cómo se encuentra, Sally?

—Bien, aunque sorprendida.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Se puede, señor Meldiver. El muerto número dos resulta que no era...

La voz de Sally se cortó súbitamente. Meldiver se dio cuenta entonces de que una mano acababa de apoyarse sobre la horquilla del teléfono, interrumpiendo de modo súbito y poco cortés el diálogo que

sostenía con la muchacha.

Levantó la cabeza. Delante de él había un individuo que parecía un coloso mitológico. El hombre sonreía de un modo extraño.

—Usted y yo vamos a hablar, abogado —anunció—. Ah, me llamo Leo Thord.

Meldiver se sentía indignado y estupefacto al mismo tiempo. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Thord sacó unas tijeras y cortó el hilo del teléfono.

* * *

Sin dejar de sonreír, Thord guardó las tijeras.

Luego dijo:

—Bien, ¿hablamos, abogado?

—¿De qué, Leo? —contestó Meldiver, procurando adaptarse al tono desenfadado de su inesperado visitante.

—De Sally Stelling.

—Oh, Sally... Una chica encantadora y muy simpática. Trabaja en el Red Fly y cada vez que me ve, me dedica una canción.

—Estúpido. No hablo de una cantante, sino de una empleada.

—Yo no tengo empleadas; mis ingresos no dan para tanto —contestó Meldiver.

—No he dicho que esté empleada aquí, sino que lo está en otro sitio.

—¿Otro sitio? ¿Es una compañía comercial? Jamás he tenido tratos...

—Al decir otro sitio, quería decir en otra parte —rugió Thord, que empezaba a perder la paciencia—. ¿Me ha entendido? ¡En otra parte!

—¿Cómo? ¿Que parte ahora? Eso es que se va de viaje, ¿no?

Thord lanzó un nuevo rugido y se lanzó a dar la vuelta a la mesa, para agarrar al joven.

Pero Meldiver, ágil, salió corriendo por el otro lado.

—Venga aquí —clamó el colérico gigante—. No se me escape.

—¿Por qué no viene usted, Leo?

La mesa era grande. Los dos hombres estaban a ambos lados de la parte más larga, con las manos apoyadas en los bordes respectivos.

—Voy a ir a buscarle —refunfuñó Thord.

—¿Y por qué tiene que ir a buscarme? ¿Es que no me ha encontrado ya?

Thord comprendió que el joven se burlaba descaradamente de él y, de súbito, se lanzó hacia adelante con toda su fuerza. Resbaló a lo largo de la mesa y pasó al otro lado, pero sus brazos se cerraron en el vacío y cayó al suelo.

Meldiver, ágil, había saltado a un lado. Thord quedó casi cabeza abajo, con los pies por alto.

El joven le golpeó con el tacón en la nuca. Thord lanzó un bramido de furia. Se levantó sobre una mano, alargando la otra para agarrar al inaprensible Meldiver, pero un pie se alzó súbitamente y se estrelló contra su boca.

Thord rugió de nuevo. Hizo una contorsión y rodó por el suelo. Acto seguido, volteó sobre sí mismo, para ponerse en pie.

Lo consiguió. Casi en el mismo instante, vio que la mesa, impulsada por Meldiver, se le arrojaba encima.

Thord trató de saltar, pero el borde de la mesa lo atrapó por un muslo contra la pared. El gigante rugía y bramaba enloquecidamente, mientras Meldiver mantenía la presión con todas sus fuerzas.

—Será mejor que deje de gritar, Leo —dijo el abogado—. Así no se puede hablar de ninguna manera.

* * *

Thord pareció serenarse un poco.

—Aparte esa maldita mesa —dijo, a la vez que se limpiaba la nariz con la manga izquierda de su chaqueta.

—Por ahora, le veo muy bien cómo está —sonrió Meldiver—. ¿Qué le pasa con Sally Stelling?

—No está en su casa, eso es todo.

—Oh —dijo el abogado—. ¿Acaso tengo yo obligación de saber sus pasos?

—Estuvo aquí el otro día, ¿no?

—¿Quién se lo ha dicho, Leo?

—Ben, el muerto.

Meldiver miró de reojo al gigante.

—Leo, no me tome el pelo —dijo—. Los muertos no hablan... después de muertos, claro.

—Me lo dijo antes, tonto, aunque no de palabra.

—¿Cómo?

—Yo le seguía a él, le vi meterse aquí, detrás de Sally. El sábado, a

aquellas horas y en este piso, no había más que un departamento habitado: el suyo.

—Brillante deducción, aunque incompleta, Leo —arguyó Meldiver.

—El periódico decía que Ben fue hallado muerto en el ascensor del último piso. Puesto que seguía a Sally...

—Ya, ya entiendo. ¿Y, por qué la seguía?

—Sally robó unos documentos muy importantes en la oficina donde trabajaba. Simplemente, queremos recuperarlos.

—Pero ella, ahora, no está en su casa.

—No, ya se lo he dicho antes.

—Lo siento, Leo; yo tampoco sé dónde está.

Hubo un momento de silencio. Thord miraba fijamente al abogado.

—Oiga, Meldiver, usted es muy listo, lo reconozco —dijo al cabo—. Me ha vencido, que no es poco, y lo admito; pero lo que no admitiré es que trate de mentirme en este asunto.

—Le guste o no, le he dicho la verdad, Leo. Y, por cierto, ¿qué clase de documentos son éstos?

—No lo sé. Me han enviado a recuperarlos, simplemente.

—Pues han perdido el tiempo. Ahora bien, Leo, habrá de permitirme que le diga que esos documentos no son precisamente hojitas de propaganda anticontaminación. ¿Me equivoco?

Thord se encogió de hombros. De pronto, Meldiver vio cierta crispación en sus facciones y saltó a un lado.

La mesa corrió hacia adelante con gran violencia, empujada repentinamente por Thord. El gigante, al no hallar todo el obstáculo que esperaba encontrar, perdió el equilibrio y cayó de bruces, mientras la mesa se deslizaba todavía unos palmos más.

Esta vez, Meldiver no vaciló: agarró una silla y, antes de que Thord se levantara, la hizo astillas en su cabeza.

Meldiver contempló melancólicamente los restos de la silla que aún quedaban en sus manos.

—Y pensar que yo consideraba que eran muebles anticuados los de madera —murmuró—. Lo antiguo todavía sirve en ocasiones.

Lanzó a un lado los palos rotos de la silla y contempló al caído con expresión satisfecha.

—La victoria sabe tanto mejor cuanto más fuerte es el enemigo —dijo sentenciosamente.

Y después de arrebatarse a Thord una pistola y una navaja de

respetables dimensiones, se sirvió una copa para celebrar el triunfo consigo mismo.

Capítulo IV

LA puerta de la casa se abrió y la cabeza de Sally Stelling asomó cautelosamente por la abertura.

¡Bang!

El grito repentino de Meldiver hizo dar un salto a la muchacha, quien, a su vez, lanzó otro grito:

—¡Ay!

Meldiver se echó a reír.

—Entre, entre y disfrute de mi victoria —invitó, a la vez que ponía un pie sobre la inmensa espalda del caído—. ¿No ha traído una cámara fotográfica para eternizar este glorioso momento?

Sally contempló estupefacta al gigante, quien todavía continuaba inconsciente.

—¡Atiza! —exclamó de pronto—. ¡Es el chófer del señor Potter!

—¡Cómo! ¿Lo conoce usted? —se sorprendió Meldiver.

—Claro. Pero, ¿qué hace ahí? ¿Quién lo ha golpeado?

—Yo he sido, lo confieso humildemente, aunque no arrepentido.

Sally miró fijamente al joven.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Según él, usted ha robado unos documentos importantísimos en la oficina de Potter.

—¡Yo! —Sally exhaló una nerviosa carcajada—. Pero, ¡qué estupidez! ¿Cómo ha podido creer de mí una cosa semejante?

—Yo no lo he creído. Lo dijo él.

Sally puso cara de disgusto.

—Le aseguro que no he tenido nada que ver con esos documentos —

contestó—. Ni siquiera sé de qué tratan.

—Thord la buscaba a usted. Manifestó que no la había encontrado en su casa.

—Por supuesto. Después de lo ocurrido, pensé que lo mejor era mudar de aires. Ahora estoy en casa de una tía..., pero no le diré a nadie mi nuevo domicilio.

Meldiver se encogió de hombros.

—Thord parece que va a despertar muy pronto. Hable con él —indicó.

Sally había dejado su bolso sobre una silla. De pronto, lo recogió y echó a correr hacia el interior.

—No le diga que estoy aquí —susurró, al pasar junto al sorprendido Meldiver.

Thord se levantó minutos después, frotándose vigorosamente la nuca. Contempló la pistola, ahora en la mano derecha del abogado y, sin quejarse del despojo, se encaminó hacia la puerta.

—Ha sido una lástima que no haya querido avenirse a una conversación amistosa. Probablemente, la próxima ocasión no lo pasará tan bien —se despidió.

Meldiver corrió a cerrar la puerta con doble vuelta de llave, apenas hubo salido el gigante.

Luego gritó:

—¡Hágase visible, Sally!

La muchacha salió a los pocos instantes.

—¿Se ha ido ya? —preguntó innecesariamente.

—Sí. Oiga, ¿por qué ha venido usted a verme?

—Hombre, la comunicación se cortó tan bruscamente, que temí que le hubiera sucedido algo —respondió Sally.

Meldiver agarró el cable cortado.

—Lo hizo Leo —dijo simplemente.

—Un bruto, un perfecto bruto —calificó ella—. Capaz de hacer cualquier cosa que le manden, sin penetrar en los motivos de la orden, ¿comprende?

—Sí, claro. Pero, oiga, ¿qué me estaba diciendo usted cuando ese mastodonte cortó el cable telefónico?

—Sencillamente, el muerto número dos no era Mahjar Rahjantra, como creíamos, sino su hermano Hawadi.

—Ah, de modo que los Rahjantra son dos —dijo Meldiver a los pocos momentos, mientras entregaba una copa a la muchacha.

—Según el periódico, sí. Es decir, sólo mencionaba su nombre, por lo que deduzco que era hermano del sujeto que mencionó el inspector Cardyne —contestó Sally.

—Bien, pero, ¿qué hacía en la oficina de Potter?

Sally se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea y, como puede comprender, no voy a preguntárselo a Potter —contestó.

—Lógico, aunque si le parece, podría encargarme yo de esa diligencia —sugirió Meldiver.

—Bueno, por mí no hay inconveniente. Pero aguarde al fin de semana; creo que la entrevista resultaría mejor en su casa de campo.

—No puedo. Estoy invitado en otra parte —respondió el abogado, pensando complacidamente en la hermosa Aracne Worth.

—En tal caso, vaya mejor a su residencia de Throdnor Place. Está cerca de Grosvenor Square. El número es el 17.

—Está usted muy bien enterada, señorita Stelling.

—Era su secretaria, compréndalo.

—Sí, claro. Oiga, Sally..., la voy a llamar así, porque es más cómodo, si no le importa. —Desde luego —accedió ella—. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Los documentos. Thord manifestó su importancia. ¿Qué sabe usted al respecto?

Sally hizo un gesto negativo.

—Ni idea —contestó significativamente.

Meldiver puso cara de preocupación.

—Entonces, ¿quién diablos los ha robado? —preguntó a media voz.

—Abogado, en este caso, la importancia no reside casi en la identidad del ladrón, sino en el contenido de los documentos —alegó Sally, sensatamente.

—Es cierto. Y creo que sólo Potter podrá decírmelo.

—A partir de las siete y media, está en su casa.

—De acuerdo. Iré sin falta. Pero, ¿no puede concretarme usted algo más acerca de las sospechas que tenía sobre ese negocio?

—Diría que es contrabando, pero me siento incapaz de puntualizar.

Meldiver hizo un gesto de asentimiento.

—Sonsacaré a Potter —prometió—. Ah, una cosa, Sally. ¿También a mí piensa ocultarme su nuevo domicilio?

Ella sonrió.

—Se lo diré, sólo porque se trata de usted, señor Meldiver —contestó.

—Llámeme Buddy, por favor. Mi nombre es Urban, pero no resulta muy agradable. Buddy es el apelativo familiar.

—Sí, Buddy.

Momentos más tarde, Meldiver se quedaba solo en el despacho.

—¿De qué diablos será ese contrabando? —se preguntó.

¿Oro? ¿Diamantes? ¿Drogas?

Había tantas cosas con las que se podía hacer contrabando.

Incluso con las personas, introduciéndolas clandestinamente en el país, mediante la percepción de fuertes sumas.

—De todo se puede hacer contrabando —fue la conclusión a que llegó, después de una serie de reflexiones, de las que no obtuvo el menor resultado práctico.

* * *

La residencia de Potter en Throdnor Place era muy elegante y tanto la fachada como el bien cuidado jardincillo que la rodeaba daba una clara idea de los refinados gustos de su dueño. Poco después de las siete y media, Meldiver tiraba de una cadena dorada que había junto a la puerta, que estaba enmarcada por un pequeño frontón de estilo clásico, sostenida por dos columnas de orden dórico.

La puerta se abrió. Un impecable mayordomo apareció ante los ojos del abogado.

—¿Señor?

—Soy el abogado Meldiver —se presentó el visitante, a la vez que ponía una tarjeta en la mano del mayordomo—. Tenga la bondad de anunciarme al señor Potter.

—El señor Potter está muy ocupado en estos momentos. Temo que no podrá recibirle, señor Meldiver...

—Anúncieme, por favor. Que sea él quien lo resuelva.

—Está bien, señor. Tenga la bondad de pasar y aguardar unos instantes.

Meldiver apreció el singular refinamiento de la decoración. Potter,

se dijo, era un individuo al que le gustaba vivir bien. Aquel cuadro que había a la izquierda y cuyo estilo resultaba inconfundible para un mediano conocedor, ¿era un Gainsborough auténtico?

El mayordomo compareció a los pocos instantes.

—El señor Potter accede a recibirle, señor —declaró—. No obstante, le encarece sea breve en su entrevista.

—Lo procuraré —contestó Meldiver.

Instantes después, se hallaba en un lujoso despacho, de grandes dimensiones, detrás de cuya mesa se hallaba un hombre de unos cuarenta años, alto y de cierta apostura física, desvirtuada un tanto por su nariz ganchuda. El pelo clareaba ya en las sienes de Potter, cuya indumentaria no desdecía en nada de la decoración de la residencia.

—Es un placer conocerle, abogado —manifestó el dueño de la casa—. ¿Puedo serle útil en algo?

Meldiver guardó silencio un instante. Aquel perfume, ¿dónde lo había percibido antes?

Tosió un poco y fijó la vista en el individuo que tenía frente a sí.

—Temo que voy a molestarle un poco, señor Potter, pero se trata de algo desagradable —manifestó—. Sencillamente, de la muerte del sujeto que apareció apuñalado en su despacho.

Las cejas de Potter se levantaron inquisitivamente.

—¿Se refiere a Hawadi Rahjantra? —preguntó.

—Justamente.

—Lo siento. No lo conocía, jamás había tenido el menor trato con él y aún no he podido explicarme de ningún modo cómo pudo entrar en mis oficinas.

—Tal vez a robar unos documentos que otro consiguió llevarse —sugirió el visitante.

—¿Qué documentos? —preguntó Potter.

—Los mismos que su chófer fue a pedirme hoy con no muy buenos modales.

Potter se quedó callado un instante.

Luego dijo:

—Temo que fue un error, cometido involuntariamente, por lo cual le presento mis más sinceras excusas, abogado Meldiver. Le ruego de el incidente por cancelado.

—¿Usted cree? —preguntó Meldiver, un tanto decepcionado por la diplomática respuesta del dueño de la casa.

Potter no pudo decir nada. Algo rompió de repente uno de los vidrios de la ventana y entró rodando en el despacho.

Meldiver bajó la vista. Los pelos se le pusieron de punta al ver la ligera columnita de humo que se desprendía de la granada de mano, a punto de estallar.

Fue una reacción instintiva, simplemente, el ansia de salvar la vida. Con movimientos fulgurantes, agarró la bomba de mano y la hizo salir con tremendo ímpetu por el mismo sitio que había entrado.

Fuera, en el jardín, se oyó un chillido de pánico. Casi simultáneamente, sonó la explosión, que hizo volar todos los cristales de las ventanas.

Capítulo

V

EL hombre que entró en el despacho poco después, era bien conocido de Meldiver. Realmente, su llegada casi le pareció lógica.

El jefe de la patrulla que había llegado momentos antes, informó al inspector Cardyne. Acto seguido, Cardyne se encaró con Potter y le hizo unas cuantas preguntas.

Potter contestó evasivamente. A Meldiver le daba la sensación de que mentía. Le estaba diciendo lo mismo que le había dicho a él mientras llegaban los primeros agentes.

Luego, Cardyne se encaró con el joven.

—Es curioso encontrarle aquí —dijo—. ¿Le siguen los asesinatos por dondequiera que va, abogado?

Meldiver se encogió de hombros.

—Estoy vivo de milagro —respondió—. El señor Potter puede confirmarlo; nuestras vidas dependieron solamente de un par de segundos de tiempo.

—El muerto se llamaba Harry Morton. ¿Lo conocía alguno de ustedes dos? —inquirió Cardyne.

Potter hizo un signo negativo. Nuevamente le pareció a Meldiver que el sujeto mentía.

—Yo tampoco —dijo a renglón seguido.

Cardyne suspiró.

—El tiro le salió mal a Morton —comentó—. Si no temiera hacer un chiste macabro, diría que van a tener que recoger sus restos con una pala. Señor Potter, ¿cree usted que este asesinato está relacionado con la muerte de Rahjantra?

—Si hay alguna relación, yo no sé descubrirla, inspector.

—Abogado, ¿puede decirme los motivos de su estancia en esta casa?
—preguntó Cardyne a renglón seguido.

—El señor Potter y yo debíamos tratar asuntos legales. Me pidió asesoramiento —contestó Meldiver.

—Es Cierto —corroboró el dueño de la casa presurosamente.

«Menos mal que había mentido aquella vez en su favor», pensó Meldiver. Potter había mentido casi en todo, incluso en lo de estar ocupado a su llegada. La ocupación no era de trabajo, sino de índole muy distinta. El perfume que había captado al principio, ya desvanecido, confirmaban sus sospechas al respecto.

Pero Meldiver recelaba todavía más de Potter. A los pocos momentos de la explosión, había visto un coche arrancar de la acera del jardín. Creía haber visto a una mujer al volante, aunque no estaba seguro de ello. De lo que sí tenía una seguridad plena, era de que el automóvil había salido disparado, como si su ocupante tuviese una prisa infinita por alejarse de allí.

¿Había sido el cómplice de Morton?

Cardyne se despidió poco más tarde. Los policías se marcharon también. La ambulancia se había llevado ya el destrozado cuerpo de Morton.

—Le agradezco lo que ha hecho en mi favor, Meldiver —dijo Potter cuando los dos hombres se quedaron a solas—. Su respuesta acerca de una consulta de tipo legal fue muy acertada. Pero convendría que tuviera en cuenta que mi agradecimiento no es ilimitado.

—En resumen, simplemente quiere que me olvide de este asunto.

—Exactamente —confirmó Potter con voz tan fría como un témpano de hielo.

* * *

—Y me dijo que, aunque me agradecía muchísimo lo que había hecho por él, debía olvidarme de este asunto —concluyó Meldiver el relato telefónico que al día siguiente hizo a Sally Stelling.

—Así pues, no obtuvo el menor resultado, Buddy —dijo la muchacha.

—Esta mañana me he mirado al espejo. Me han salido un montón de canas. No puede imaginarse usted el miedo que pasé al ver la bomba a mis pies.

—Debió de ser horrible, en efecto. ¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé, aún no he tomado una decisión al respecto. He de reflexionar, ¿comprende?

—Sí, Buddy. Yo trataré de bucear en mi memoria. Tal vez esos documentos pasaron alguna vez por mis manos, pero, en estos momentos no recuerdo nada en absoluto...

—Bien, si consigue algo, llámeme. Ah, tengo que decirle una cosa, Sally. Una noche de éstas la invitaré a cenar.

—La aceptación está garantizada —se despidió la muchacha, riendo. Meldiver puso el teléfono sobre la horquilla.

—¿Por qué me habré embarcado en este asunto tan desagradable? —murmuró.

De pronto, llamaron a la puerta.

Meldiver se levantó, cruzó la sala y abrió.

—¿Sí? —dijo.

Había dos hombres delante de él. Su aspecto no tenía nada de amable.

—Usted es el abogado Meldiver —dijo uno de ellos.

—En efecto. ¿En qué puedo servirles?

Una enorme mano se apoyó sobre el pecho del joven y lo hizo retroceder a su pesar.

—Vamos a darle un consejo, pero no desde el pasillo, claro —manifestó el sujeto.

A Meldiver le pareció conocida la cara de uno de los dos individuos. El Otro cerró cuidadosamente y, apoyándose en la puerta, cruzó los brazos en actitud expectante. Meldiver soltó una risita.

—Es curioso —dijo—. Normalmente, quien da los consejos, legales, por supuesto, soy yo.

—Nosotros damos otra clase de consejos —gruñó el visitante—. Simplemente, queremos que quite sus narices del asunto en que las ha metido. ¿Entiende?

El joven pensó que ahora tenía dos enemigos, quizá menos fuertes que Leo Thord, pero, en todo caso, el número suplía la fuerza con gran ventaja. Por tanto, no le convenía mostrarse demasiado irónico.

—Si tienen la bondad de explicarme...

—Usted es demasiado listo para que no me haya comprendido desde el primer momento. Haga lo que le aconsejamos y todo irá bien... para todos, pero, sobre todo, para usted.

—Parece ser que el asunto del contrabando está mostrando algunos puntos débiles, ¿no es así? Puñaladas por aquí y por allá, bombas de mano... ¿En qué consiste el fallo, muchachos?

—En su intromisión, abogado.

El hombre que Meldiver tenía frente a sí disparó su puño inesperadamente. Al joven le pareció que le explotaba un barreno en la mandíbula.

* * *

Alguien salpicó su cara con unas gotas de agua. Meldiver volvió lentamente a la normalidad.

—Si no le conociera medianamente, Buddy, diría que se ha emborrachado —sonó una voz de tonos burlones.

Meldiver abrió un ojo. Delante de él había un hombre de mediana edad, algo obeso y tocado con un sombrero hongo.

—Hola, inspector Ryan —saludó, a la vez que se sentaba en el suelo—. ¿Qué le trae por mi humilde morada?

Angus Ryan, también de Scotland Yard, tomó asiento negligentemente en un sillón. Sacó una pipa y empezó a cargarla.

—Detesto el tabaco en pipa —mintió con moderado cinismo—. Pero me confiere una apariencia respetable.

—Yo diría que es una postura afectada. Lo único que le falta es llevar un cartelito colgado del cuello, con su nombre, su empleo y su número de teléfono en el Yard.

—Y también el nombre de mi sección, Buddy.

Sentado todavía en el suelo, Meldiver hizo un gesto inquisitivo.

—Contrabando —aclaró Ryan.

—Oh, creo que comprendo —dijo el joven.

—Cardyne me ha dicho algo al respecto. Por eso he venido a verle.

—Eso quiere decir que las tres muertes están relacionadas con el contrabando de..., de lo que sea.

—Así lo creemos, Buddy.

Meldiver se esforzó y consiguió ponerse en pie.

—Dos tipos vinieron a verme y me recomendaron que me apartase del asunto —dijo, mientras llenaba una copa—. Fue una visita muy breve, casi a las primeras de cambio, uno de ellos me dejó K. O. de un solo golpe.

—¿Los conoce usted?

—Uno me parece visto, aunque no estoy seguro. Al otro, por supuesto, no, no lo conozco.

—Descríbalos, por favor, Buddy.

—Bueno, casi parecían hermanos. Altos, muy robustos, con cara de malas pulgas..., el aspecto típico de los matones a sueldo.

Ryan se mordió los labios.

—Duncan Frobbs y Jay McDugan suelen trabajar juntos casi siempre —dijo.

—Eso de trabajar es un eufemismo, ¿verdad?

—Sí, usted ya sabe a qué me refiero —confirmó Ryan.

—Bien, pero, en todo caso, ¿para quién trabajan?

—Hay un tipo llamado Fred Butler. Es el dueño del Red Fly. Casi siempre están allí.

Meldiver se echó a reír.

—¡Qué casualidad! Hace pocos días yo también mencioné ese local —dijo—. Naturalmente, ignoraba el nombre del propietario; claro que nunca me he preocupado del detalle.

—¿A quién se lo mencionó, Buddy?

—Oh, fue una conversación sin importancia —mintió el joven, a la vez que pensaba en Leo Thord.

Ryan se puso en pie.

—Buddy, si averigua algo, no deje de comunicármelo en el acto —solicito—. Un caso en el que ya se han producido tres muertes, no deja de tener su importancia, ¿comprende?

—Sí, claro, inspector. Pero todavía no me ha dicho usted en qué consiste el contrabando.

—Diamantes y no precisamente para uso industrial. Lo curioso del asunto es que todavía no hemos logrado averiguar cómo realizan ese contrabando —se despidió el inspector Ryan.

Meldiver se quedó solo. De nuevo, y quizá por el dolor que aún sentía en la mandíbula, volvió a pensar en sus poco amables visitantes.

De súbito, creyó recordar. Febril, buscó en un armario donde solía guardar a veces los periódicos viejos.

No tardó en encontrar el que buscaba. Sí, allí estaba el hombre que le había golpeado, en uno de los extremos de la fotografía, formando parte del grupo que rodeaba al chiflado aeronauta que se llamaba Dulce H. Fields.

Capítulo VI

LA otra chica también se llamaba Sally, aunque su apellido era el de Smyrrel. Cantaba y bailaba en el Red Fly y tenía bastante éxito, no sólo porque lo hacía muy bien, sino por su escultural silueta, de la que ella ocultaba solamente lo más preciso.

Sally Smyrrel estaba en lo mejor de uno de sus números cuando vio entrar al abogado. Casi en el acto le guiñó un ojo. Meldiver correspondió con un gesto análogo.

Para entretener la espera, Meldiver se acercó a la barra y pidió una bebida. Su mirada se paseó por la concurrencia, intentando buscar alguna cara conocida.

Un hombre alto y elegantemente vestido se le acercó de pronto.

—Usted es Meldiver —dijo.

—Sí —admitió el joven.

—Me llamo Butler. ¿Le gusta mi local?

—No es la primera vez que vengo aquí, aunque no es usted el motivo, Butler.

—¿De veras?

La barbilla de Meldiver se tendió hacia el pequeño escenario.

—El motivo está allí —indicó.

—¿La conoce?

—Podría decirse que somos amigos de infancia —sonrió Meldiver.

—No lo sabía. Sally es una buena chica. No me la estropee usted.

—¿Cree que una chica guapa se estropea sólo porque un amigo la visite?

El semblante de Butler se endureció de pronto.

—¿Por qué no se va de aquí? —aconsejó—. Su gasto corre de mi cuenta, abogado.

—Pobre compensación para el golpe que me propinó su esbirro —contestó el joven.

—Lo siento, pero ya está hecho. Ande, váyase a otra parte...

Un tipo interrumpió súbitamente a Butler. Primero le tocó en el hombro y luego le dijo algo al oído.

Butler volvió la vista. Tres personas acababan de llegar al local y el maestresala les estaba acomodando en una mesa.

—Adiós, Meldiver —se despidió Butler—. Recuerde mi consejo y sígalo inmediatamente.

El joven no contestó. Siguió con la vista a Butler y lo vio acercarse a la mesa donde estaban los recién llegados, dos hombres y una mujer.

Para sorpresa suya, reconoció a uno de los hombres y a la mujer. Él era el aeronauta chiflado, Fields, y la mujer era la misma que le acompañaba en la fotografía con el globo aerostático como fondo.

Butler pareció distraerse un poco con Fields y sus acompañantes. Meldiver decidió aprovechar la ocasión para escabullirse rumbo al camerino de Sally Smyrrel.

* * *

La acogida de Sally fue literalmente volcánica. A Meldiver le costó mucho zafarse del aluvión de besos y ardorosos abrazos que le cayó encima, apenas entró en el camerino.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella de pronto, al darse cuenta de la frialdad de su visitante—. ¿Ya no te gustó? Porque... no irás a decirme que te has pasado al otro bando, granuja.

Meldiver se echó a reír.

—Eso nunca, preciosa —contestó—. Pero estoy preocupado.

—He leído los periódicos. Te metieron en un jaleo de asesinato.

—Sí, pero no fue el único. Y todos, creo, están relacionados con tu jefe.

—¿Butler?

—El mismo.

Sally se puso seria de pronto.

—Cariño, hace tiempo que en el Red Fly pasan cosas que no acaban de gustarme —dijo.

—¿Por ejemplo?

—Tipos torvos, cuchicheos..., entradas y salidas inesperadas... La gente, claro, no se da cuenta, pero yo ya llevo aquí el tiempo suficiente como para darme cuenta de la menor variación.

—Ya entiendo. ¿Has escuchado algo sobre diamantes?

—¿Diamantes? —repitió Sally, asombrada—. Es curioso. El otro día entré de sopetón en el despacho de mi jefe y lo pesqué con un diamante así de gordo. —La joven hizo un gesto gráfico para indicar el tamaño de la gema y continuó— Me dijo que había hecho una buena compra, pero no como lujo propio, sino como inversión.

—¿Y después?

—Guardó el diamante en su caja fuerte, Buddy.

—¿Delante de ti?

—Claro. La tenía abierta, de modo que no hizo más que meter dentro la piedra preciosa y pegar un empujón a la puerta.

—¿Dónde está la caja fuerte, Sally?

—Detrás de un cuadro que representa un paisaje campestre. El estilo es Turner, aunque, claro, no es un Turner auténtico.

—Entiendes de pintura, ¿eh?

Sally se echó a reír.

—Estudí Bellas Artes tres años —contestó—. Soy muy aficionada a la pintura, pero no pasaría nunca de ser una medianía.

—Aquí ganas más dinero —sonrió Meldiver.

—Cantar y enseñar las piernas no se me da mal del todo, buen mozo —dijo ella maliciosamente—. Por cierto, ya he terminado hoy. ¿Qué te parece una copa en mi casa?

—¿Sólo una, Sally?

—Bueno, si quieres, serán dos. Anda, espérame afuera, voy a cambiarme de ropa. Estaré lista dentro de diez minutos.

—¿No quieres que me quede?

Sally le guiñó un ojo.

—No hay biombo, desvergonzado —replicó agudamente.

Meldiver volvió a sonreír y abandonó el camerino. Salió al pasillo, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Apenas había aspirado la primera bocanada de humo, sintió a sus espaldas una cosa dura.

—Camine recto y no haga ningún movimiento sospechoso o apretaré el gatillo —sonó una voz dura y de tonos nada amables.

Butler estaba detrás de su mesa de despacho. Los ojos del abogado se fijaron en la pintura señalada por Sally y que ocultaba la puerta de la caja fuerte empotrada en el muro.

—Parece que no le ha gustado mi consejo —habló Butler, fríamente.

—No.

—Es usted un tipo rebelde. Aquí no nos gustan.

—A mí no me gustan los tipos como usted.

—Tengo medios para obligarle a que abandone este asunto, Meldiver.

—¿Pistolas? ¿Palizas? Usted me hace reír, idiota.

La cara de Butler se congestionó.

—No sé qué pensar de usted —dijo—. Es un loco o un inconsciente, que no sabe dónde se ha metido...

Meldiver fingió pulirse las uñas con la solapa de su chaqueta.

—Ya se han cometido dos asesinatos. Otro falló, gracias a mi buena suerte, pero al tipo que tiró la bomba, le estalló debajo de las narices —dijo.

—En ese asunto, yo no tengo nada que ver —rezongó Butler.

—¿Tampoco en el contrabando de diamantes?

Hubo un momento de silencio. Butler miró fijamente a su interlocutor.

—Demasiado peligroso —dijo al cabo.

—¿Quién? ¿El asunto de los diamantes?

—Usted.

Meldiver soltó una risita.

—Diríase que me tiene miedo, Butler —exclamó.

El puño del sujeto golpeó duramente la mesa.

—¡Basta! Se lo digo por última vez, Meldiver —bramó—. Deje este asunto a un lado o se lo haré pagar muy caro.

—¿Cómo a Ben Bullock y a Hawadi Rahjantra?

Butler volvió a callar. El joven pensó que su misma tranquilidad desconcertaba al dueño del local.

Sonriendo casi ofensivamente, se sentó en uno de los ángulos de la mesa. Había una plegadera metálica en forma de puñal y la cogió para jugar con ella.

—Butler, usted no se siente tranquilo —dijo—. El negocio del

contrabando de diamantes está atravesando una fase crítica. ¿Tal vez una competencia desleal?

—No quiero seguir hablando —gruñó el individuo—. Es la última oportunidad que le daré. Váyase y no vuelva más por aquí..., y olvídese para siempre del asunto.

Había encima de la mesa una valiosa escribanía de mármol y bronce. Los tinteros, observó Meldiver, estaban llenos.

Frente a Butler había una gruesa carpeta de cuero. Meldiver se sintió un tanto incómodo.

De súbito, Meldiver agarró uno de los tinteros y arrojó su contenido a la cara de Butler. El dueño del Red Fly lanzó un rugido de rabia.

Meldiver estaba muy irritado. Recordaba el golpe recibido por orden de aquel individuo y decidió tomarse el desquite.

Mientras Butler luchaba por limpiarse la cara de tinta, él saltó ágilmente a un lado y, agarrando la carpeta con ambas manos, empezó a golpes con Butler. Los rugidos de dolor y de furia impotente sonaban sin cesar.

La carpeta le voló repentinamente de las manos a causa de la violencia de los golpes. Meldiver decidió rematar la tarea con el puño derecho.

—Estamos en paz —dijo, cuando vio a Butler sin conocimiento en el suelo.

La entrevista se había realizado a solas. Meldiver se dirigió hacia la puerta, preparado para enfrentarse con el sujeto que le había conducido hasta el despacho a punta de pistola.

Abrió. El individuo se le echó encima inmediatamente.

Pero, cosa rara, no parecía tener intenciones de atacarle. Mientras lo sostenía con los brazos, Meldiver se dijo que una persona que tiene un puñal clavado en la espalda no está en condiciones de atacar a nadie.

Durante un segundo, permaneció inmóvil, contemplando como hipnotizado el mango del puñal que sobresalía de la espalda del individuo. Luego, de repente, tomó una decisión.

El muerto quedó tendido junto al cuerpo inanimado de Butler. Meldiver se echó a reír al pensar en la cara de Butler cuando despertase.

Se asomó a la puerta. El pasillo estaba desierto.

—La epidemia de puñaladas continúa —murmuró, a la vez que cerraba con todo cuidado.

Sally apareció en aquel momento en la puerta de su camerino.

—Hola, cariño —dijo alegremente—. Perdona que te haya hecho

esperar. No te habrás enfadado, ¿verdad?

Sonriendo, Meldiver dejó que la muchacha se colgase de su brazo derecho.

—Por tomar una copa a tu lado, valdría la pena esperar un año entero —contestó.

Y luego pensó que Sally Smyrrel era el mejor remedio para olvidar la entrevista con Butler, cuyo final no había tenido nada de agradable.

Capítulo

VII

SALLY STELLING le llamó dos días después.

—Estoy muy enfadada con usted, Buddy —se quejó.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿He hecho algo malo?

—Se ha olvidado por completo de mí. ¿Le parece poco?

—Lo siento. He tenido trabajo. Pero, en compensación, iré a buscarla para cenar juntos esta noche. Mañana, viernes, iré a pasar el fin de semana fuera.

—De acuerdo. ¿Adónde piensa llevarme, Buddy?

—Conozco un lugar donde se come muy bien y barato. Poca luz, velas, música suave...

—¿Trata de seducirme?

—Mujer, si prefiere ir a un sitio más grande y con más luz, iremos. Pero hay que pensar también en la bolsa, Sally.

—Me gustan los tipos sensatos. Venga a las siete, Buddy.

—O.K., Sally.

El restaurante y la cena agradaron mucho a la joven. Al terminar, miró a su acompañante con ojos en los que había un brillo especial.

—Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien —confesó.

—Lo celebro, Sally. En cambio, yo no me siento como usted.

—¿Qué le ocurre? ¿Más contratiempos?

—Otro muerto —contestó él—. Apuñalado, como los dos anteriores.

Sally dejó de sonreír en el acto.

—No he leído nada en la Prensa —declaró.

—Muy posiblemente, han ocultado el cadáver esta vez —apuntó Meldiver, quien, acto seguido, relató a Sally todo lo ocurrido en el Red

Fly, aunque, por discreción, ocultó el nombre de la otra Sally.

—Pero... esta epidemia de puñaladas... —dijo ella cuando Meldiver hubo terminado de hablar—. ¿Qué objeto tiene, Buddy?

—Hay diamantes de por medio. Pienso que se trata de dos bandas que se hacen la competencia en el contrabando. Naturalmente, ambas, es decir, sus jefes, quieren quedarse solos con el negocio.

—Y están eliminando a los componentes...

—Para imponerse por medio del terror, no hay otra explicación.

Sally se quedó pensativa unos momentos. Apoyó el codo en la mesa y la barbilla en la mano y pareció abstraerse por completo de cuanto la rodeaba.

De repente, lanzó una exclamación:

—¡Buddy! Creo que tengo una buena pista.

—¿Sí? Dímelas, pronto, Sally.

—Es el nombre de una residencia, en el campo, supongo. Grulock Farm. Se lo oí casualmente a Potter, una vez que entré en su despacho y lo encontré, como tantas otras ocasiones, hablando por teléfono.

—Sí, pero, ¿qué decía de Grulock Farm?

—Simplemente, que la mercancía llegaría allí puntualmente. ¿Por qué enviar una carga a un sitio que está a ciento cincuenta kilómetros de Londres? Potter y Cía. no ha enviado jamás un saco de grano a una granja, Buddy.

—Es posible que eso que acaba de decir tenga algún interés. Ahora, sin embargo, convendría conocer la situación exacta de Grulock Farm.

—Lo único que puedo decirle es que está a pocos kilómetros de una aldea llamada Dweree —declaró Sally, para asombro y desconcierto del abogado.

* * *

La casa estaba en lo alto de una pequeña colina cubierta de arbolado y césped. Tenía un aspecto muy elegante y cuadraba por completo con el paisaje circundante.

A la derecha del edificio, casi hacia la puerta posterior, Meldiver divisó una especie de isla, también muy abundante en arbolado. Era un espacio de unos cien metros de diámetro, rodeado por un ancho foso de seis o siete metros de anchura, lleno de agua casi hasta el borde.

La isleta parecía un encantador lugar de retiro para los habitantes de la casa de campo. Meldiver detuvo su coche frente a la fachada y, casi

en el acto, una austera ama de llaves apareció en la puerta situada bajo el elegante pórtico que corría a todo lo largo de la fachada. —El señor Meldiver, supongo —dijo.

—En efecto...

—Soy la señora Anders, señor. Tenga la bondad de acompañarme; la señora Worth le está aguardando.

—Muy amable, pero mi equipaje...

—Ernest, el jardinero, se ocupará de ello, señor. Sígame, tenga la bondad.

Meldiver caminó tras el ama de llaves, la que, después de cruzar un amplio vestíbulo, se detuvo ante una puerta laqueada en azul y oro.

La señora Anders llamó primero y luego abrió:

—El señor Meldiver, señora.

Aracne Worth estaba lánguidamente sentada en un diván, leyendo un libro, y se levantó en el acto para acudir al encuentro del recién llegado.

—Bienvenido a mi humilde casa, señor Meldiver —dijo con hechicera sonrisa, a la vez que alargaba ambas manos hacia el joven—. Me congratulo de tenerle como huésped, crea en mi sinceridad.

—Eso es algo que se refleja en su rostro, además de la hermosura —contestó Meldiver galantemente—. Por nada del mundo hubiera dejado de aceptar su invitación, señora Worth.

Ella rio argentinamente.

—Es usted, un hombre muy cumplido —elogió—. Sin duda —añadió—, debió de extrañarle mi proposición para confiarle mis asuntos legales.

—En cierto modo, aunque no demasiado. Además, es mi profesión, señora.

—Por supuesto. Pero, además, sé que es autor de relatos policiales.

—Simple aficionado, nada más.

—He leído algunos de sus cuentos. Me parecieron de gran calidad, pero será mejor que tomemos una copa para celebrar su llegada. Tiempo habrá de discutir de otros temas más áridos.

—Estoy a su entera disposición, señora —aseguró Meldiver.

Ella le dirigió una rara sonrisa. Se acercó a una barra cercana y empezó a preparar las bebidas. A Meldiver le subyugaba extraordinariamente la belleza de la mujer, que ella misma procuraba acentuar mediante una indumentaria adecuada: blusa de seda blanca y

pantalones de terciopelo negro, completamente ajustados a la mitad inferior de su cuerpo.

Aracne se le acercó con las copas en la mano. Entonces, Meldiver percibió un perfume ya conocido.

Durante un segundo, perdió la sonrisa. ¿No era aquél el mismo perfume percibido en el despacho de Potter la noche en que intentaron matar a ambos con una granada de mano?

* * *

Meldiver se sobrepuso rápidamente a la sorpresa recibida. Levantó la copa y brindó cortésmente por la bella anfitriona.

—Venga, siéntese a mi lado —invitó ella señalando el diván, situado en ángulo recto con respecto a un amplísimo ventanal—. ¿Qué le parece el paisaje que se divisa desde aquí?

—Encantador —calificó él.

—Me gusta sentarme aquí y contemplar el panorama, con cualquier clase de tiempo. No me cansaría de mirar jamás, créame.

—Tiene motivos para ello... Perdón, ¿qué es eso que se ve a lo lejos, por encima de aquella arboleda? —exclamó Meldiver de pronto.

A varios kilómetros de distancia, recortándose claramente contra la línea del horizonte, se divisaba una cosa redonda, amarilla y anaranjada, que parecía moverse ligeramente en el aire. Aracne miró en aquella dirección y se echó a reír.

—Ah, es uno de los globos de mi vecino, el loco de la aerostación —exclamó—. Casi se podría decir que se pasa la vida viajando en globo.

—La verdad es que hay gustos para todo —comentó Meldiver—. Por nada del mundo me arriesgaría yo a subir en uno de esos trastos.

—Usted lo ha dicho bien, es cuestión de gustos. Y como al señor Fields le agrada, no hay más que discutir.

—Desde luego. Y ahora, señora Worth, ¿hablamos del tema principal que me ha traído a su casa?

Aracne se reclinó en el respaldo del diván y le miró a través de los párpados entornados. Meldiver se fijó muy especialmente en las hinchidas curvas del busto que palpitaba bajo la seda blanca. Ella, pensó, respiraba largo y hondo, para hacer destacar aún más sus innegables encantos.

—¿Tanta prisa tiene en sumergirse en ese tema árido y de nulo atractivo? —preguntó ella con voz susurrante.

Meldiver carraspeó.

—Bien, señora...

—Por favor, llámeme Aracne —rogó la mujer—. Su nombre es Urban, creo.

—Sí, pero todo el mundo me llama Buddy..., Aracne, como en la mitología griega.

—Sí, pero yo no sé tejer tan bien como tejía Aracne, lo que, al desafiar a Atenea y vencer, hizo que ésta le rasgase su tela. Ni me desesperaré como ella, para ahorcarme al ver mi obra destruida.

—Entonces, Atenea se compadecería de usted y la convertiría en araña para que siguiera tejiendo.

Aracne volvió a reír.

—El nombre es un capricho de mi madre, muy aficionada a la mitología. Pero, francamente, no sabría pegar un botón caído de una camisa. Por cierto, ni siquiera sabría ser tan valiente como usted.

—¿Valiente yo? —se asombró Meldiver.

—Sí, sí, no se haga el desentendido. ¿Cree que no he leído en los periódicos la hazaña que realizó al devolver a la calle la bomba que un loco arrojó contra mi buen amigo lames Potter?

—El instinto de conservación, simplemente, Aracne —sonrió Meldiver.

—Yo estaba allí —confesó ella sorprendentemente—. Lo que pasa es que Potter no creyó conveniente que me viera usted. Él no me dijo la identidad del visitante que llegaba en aquellos momentos; de lo contrario, me habría quedado muy a gusto. Espero que no piense mal de nosotros, Buddy.

«Contraataca. Es muy lista; sospecha que yo he podido averiguar que ella escapó después de lo de la bomba», pensó Meldiver.

—No se me ocurriría jamás...

Pero no pudo seguir hablando. Las palabras se le atragantaron repentinamente.

Por un instante, pensó que el alcohol le hacía ver visiones. No, no podía ser cierto lo que estaba viendo entrar en el salón. Allí no había leones.

—Los leones están sólo en el zoo —murmuró.

Capítulo VIII

—AQUÍ, «Qumah» —ordenó Aracne.

El enorme felino se acercó a la joven y se tendió mansamente a sus pies. Meldiver sintió que necesitaba otro trago.

Aquel fiero león se portaba como un gatito...

Aracne pasó una mano por las abundantes melenas del felino. Luego se volvió hacia su huésped.

—Tengo a «Qumah» casi desde el primer día de su nacimiento —explicó sonriente—. Yo misma lo crié a biberón y luego a medida que crecía. Ahora tiene dos años y ya es un animal completamente adulto. Pero me obedece como si fuese un perrito.

—Po..., pobre del enemigo que intentase atacarla a usted —tartamudeó Meldiver, todavía no repuesto de la sorpresa que le causaba hallarse a cuatro pasos de la fiera.

—Ese caso, por fortuna, no se ha dado todavía —contestó Aracne—. «Qumah», repito, es de una gran mansedumbre, cuando menos, con los habitantes de esta casa. Claro que no está aquí continuamente; la mayor parte del tiempo se lo pasa en el parque que hice preparar especialmente para él.

—Ah, sí, ya he visto una isleta...

—Hay un puente levadizo, accionable si es preciso desde la casa, para que «Qumah» pueda ir y venir. Pero el puente queda alzado cuando lo dejamos allí y no conviene que abandone su territorio.

—Ya entiendo —dijo Meldiver.

«Qumah» bostezó en aquel momento. A Meldiver le aterró aquella boca, armada con unos dientes capaces de destrozar la cabeza de un hombre de un solo bocado.

Aracne se puso de pronto en pie.

—Ven, «Qumah» —ordenó.

La joven salió de la estancia. El león la seguía como un perrito fiel. Apenas se quedó solo, Meldiver corrió hacia el bar y se sirvió otra copa.

Desde la ventana, pudo ver a Aracne y al león que llegaban junto al foso. «Qumah» cruzó el puente, que se levantó apenas estuvo al otro lado.

Aracne inició el regreso de inmediato. Al volver junto a Meldiver, dijo:

—La señora Anders le enseñará su habitación, Buddy. La cena es a las siete y media en punto.

—Sí, muchas gracias, Aracne.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Y no se preocupe más de «Qumah»; su mansedumbre es a toda prueba —concluyó.

* * *

En la oscuridad de su dormitorio, cerca ya de la media noche, Meldiver trataba de coordinar sus ideas.

Sentíase desconcertado. Aracne decía ser amiga de Potter, lo cual, en sí, no tenía nada de particular. Pero, ¿por qué había salido disparada de la casa, a renglón seguido de la explosión de la bomba de mano?

¿Había temido ser vista allí por la policía?

Por otra parte, había podido apreciar que, pese a sus repetidos intentos, Aracne no había hecho nada por mencionar el motivo de su estancia en Weathrust Tower. ¿De veras quería encomendarle el despacho de sus asuntos legales?

¿O se trataba de una añagaza para retenerlo allí, por motivos que no se le alcanzaban todavía?

Encendió el enésimo cigarrillo. No tenía sueño.

Estaba en pie, junto a la ventana, situada en el piso superior. Desde allí podía ver unas luces que, supuso, pertenecían a Grulock Farm.

De repente, concibió la idea de acercarse a la granja en donde residía el chiflado de los globos. Había cinco o seis kilómetros, lo que, en total, representaría algo más de dos horas de camino.

Teniendo en cuenta que la media noche acababa de pasar, le quedaba tiempo más que sobrado para ir a Grulock Farm, echar un vistazo al lugar y regresar antes de que fuese de día.

En pocos minutos estuvo vestido de nuevo. Bajó a la planta inferior, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

En la isleta, «Qumah» emitió un prolongado rugido. Meldiver echó a correr y, en pocos minutos, estuvo a buena distancia de la residencia.

Caminó con paso vivo. Tuvo que atravesar campos labrados, setos en abundancia y hasta algunos riachuelos, bien que no tuvo necesidad de mojarse los pies, debido a la relativa profusión de puentecillos, contruidos sin duda por los granjeros y agricultores de la comarca. De pronto, una valla de red metálica le cerró el paso.

La valla tenía dos metros y medio de altura y estaba sostenida a intervalos regulares por sólidos postes de cemento. No era un obstáculo insuperable, por supuesto, pero Meldiver se preguntó si no estaría protegida por un buen sistema de alarma.

Era lo más probable, calculó. Aunque Duke H. Fields no fuese un sospechoso —y tal vez se dejaba llevar demasiado por su imaginación—, cabía pensar en un lógico deseo de protección contra los intrusos. Meldiver se mordió los labios, pensando en cómo salvar la valla sin levantar de sus camas a los moradores de Grulock Farm.

De repente, divisó a su derecha un árbol de gran tamaño. Algunas de sus ramas iban a pasar por encima de la valla. Podía ser una solución para su problema, se dijo.

* * *

Aterrizó sobre un suelo de blanda hierba, después de una caída de un metro de altura, contando con que había quedado suspendido de la rama del árbol. Desde j corta distancia pudo contemplar la mole del globo aerostático que, sujeto por sus amarras, se balanceaba lentamente en la noche a un centenar de pasos de distancia.

La batería de tanques de gas que servían para hincharlo se hallaba en las inmediaciones. Un poco más allá, divisó una estructura formada por cuatro altos postes de metal, en el centro de la cual había lo que parecía un gran montón de ropa.

Era el segundo globo, todavía por hinchar. Invasido por una viva curiosidad, Meldiver, sin hacer el menor ruido, se acercó al globo hinchado.

En la casa había una luz. Seguramente quedaba todavía algún rezagado en pie. Meldiver se acercó a la barquilla, en la cual, repentinamente, sonaron unos ruidos raros. Meldiver se detuvo en seco.

Los ruidos se repitieron. Aguzó el oído.

Parecía como si alguien patease desde el interior de la barquilla de mimbre. A Meldiver le hubiera gustado llevar un arma encima, pero desgraciadamente, había dejado en Londres la pistola arrebatada a Thord.

Alguien gimió de un modo raro dentro de la barquilla. Meldiver llevaba consigo una pequeña linterna y subió a una especie de plataforma, situada junto a la gran canasta de mimbre. Encendió la lámpara y miró hacia abajo.

Unos ojos le contemplaron con desesperación. Meldiver sufrió un terrible choque.

A pesar de la mordaza, pudo reconocer a Sally Stelling, atada sólidamente de pies y manos e incapacitada, por tanto, para salir de la barquilla.

Meldiver decidió que el momento no era para dejarse llevar por la sorpresa. Sally estaba allí y en una situación nada agradable. Saltó dentro de la barquilla, que era de notable capacidad, se acucilló a su lado, y le quitó la mordaza.

—¿Estoy soñando? —dijo Sally con voz desfallecida.

—Quizá soñamos los dos —sonrió Meldiver, mientras hurgaba en sus bolsillos en busca de un cortaplumas que solía usar habitualmente.

Minutos después, Sally quedaba libre.

—Tenemos que escapar de aquí, pronto —dijo ella atropelladamente—. Dentro de nada van a venir.

—¿Quiénes? —preguntó Meldiver.

—Ellos..., los de la casa... Vamos, rápido, no se entretenga ahora en hacer preguntas. Meldiver comprendió que era preciso seguir los consejos de la muchacha. Agarró su mano y tiró de ella al punto por donde había entrado en Grulock Farm.

Pocos minutos después, se hallaban bajo la rama del árbol.

—Escuche —dijo él—. Yo subiré primero. Luego, usted tendrá que esforzarse por saltar. Le daré una mano desde arriba para ayudarla, ¿comprende?

—Una excelente manera de salvar la valla sin ser advertida —declaró Sally con amargura.

—Usted hizo, funcionar la alarma, ¿no es así?

—En efecto. Claro que no percibí nada en el momento de cruzar la valla. Ellos me lo dijeron luego...

—Debe de ser una alarma de las que sólo se captan en el interior de

la casa. Esto hace más fácil la captura de los intrusos.

—A quién se lo dice usted, Buddy. Cuando quise darme cuenta...

—Está bien, dejémonos ahora de lamentaciones. Fíjese bien cómo lo hago yo, ¿estamos?

—Adelante, Buddy.

El joven tomó carrera y luego, de pronto, saltó ágilmente hacia arriba. La rama estaba a poco más de tres metros y no le fue difícil asirse a ella y, acto seguido, izarse a pulso.

De repente, se oyeron unos gritos en las inmediaciones de la casa.

—¡La chica no está!

—¡Ha escapado!

—¡Imbéciles! Pero, ¿qué manera de atar...?

Una mujer dijo:

—Estoy viendo cuerdas cortadas. Alguien la ha ayudado a escapar, sin duda.

—Ella venía sola. No puede ser que otra persona más haya entrado en la granja, sin hacer funcionar la alarma.

—Tú dirás lo que quieras, Duke, pero lo cierto es que las cuerdas han sido cortadas y no parece que ella pudiera haberlo hecho.

—Está bien, hay que buscar a ese individuo, quienquiera que sea. ¡Vamos, rápido, muévanse!

Desde lo alto de la rama, en la cual se hallaba tendido, Meldiver alargó la mano y llamó a la muchacha:

—Aprisa, Sally; no pierda más tiempo.

Sally retrocedió unos pasos y luego tomó carrera. Los pantalones que usaba facilitaban sus movimientos.

Saltó hacia arriba, estirando los brazos cuanto pudo. Una mano agarró su muñeca derecha y ella misma, con la otra, asió una rama lateral. Segundos después, se hallaba a horcajadas sobre la rama principal.

—Salgamos de aquí, Buddy —propuso, todavía con la respiración muy alterada.

—No, espere. Están usando linternas y probablemente mirarán al otro lado de la valla. En cambio, no creo que se les ocurra mirar hacia lo alto —opinó Meldiver.

Se veían cuatro o cinco lámparas moviéndose por los distintos rincones de Grulock Farm. Una de ellas, de pronto, se acercó al árbol.

Capítulo

IX

EL follaje, por fortuna, era muy denso y les protegía contra miradas indiscretas, en el supuesto de que al individuo que se acercaba allí se le ocurriese levantar la vista. Conteniendo la respiración, Meldiver y Sally aguardaron en la rama, en el más completo silencio.

El hombre se acercó paso a paso, haciendo que el haz de rayos luminosos de su lámpara recorriese la valla con todo detenimiento. A Meldiver le pareció que el sujeto buscaba una brecha en la red metálica.

—Pero no la encontrará —se dijo.

De repente, le pareció oír un leve crujido. Casi en el mismo momento, se escuchó a lo lejos un horripilante alarido.

Sally se metió una mano en la boca y mordió con fuerza para no gritar. El hombre que tenían justamente bajo ellos se volvió en redondo.

Alguien lanzó un agudo chillido:

—¡Es Dinky! ¡Lo han apuñalado!

Casi en el mismo instante, se oyó un terrible crujido.

Esta vez, Sally no pudo contener un grito de susto.

La rama, incapaz de soportar el peso de los dos, se quebró de pronto.

El sujeto que se hallaba debajo intentó saltar a un lado, pero su esfuerzo resultó tardío. La rama y sus dos ocupantes le cayeron encima.

—¡Eh, Pete! —gritó uno—. ¿Qué diablos estás haciendo?

A lo lejos sonó un disparo.

—¡Por allí va! —rugió alguien.

Meldiver se puso en pie.

—Y por aquí nos vamos nosotros —murmuró—. Aprisa, Sally; ya no importa que hagamos sonar la alarma.

La muchacha se levantó, quejándose lastimeramente.

—Me duele..., en el..., en la... —decía, mientras se frotaba vigorosamente una de sus caderas.

Meldiver tiró de ella, arrancándola literalmente del suelo.

—Vamos, agárrese al borde —gruñó.

Agarró a la muchacha por la cintura y la izó con tanta fuerza, que Sally casi estuvo a punto de salir despedida al otro lado. Apenas notó que ella ya se hallaba en condiciones de franquear la valla por sí sola, se asió igualmente al borde y tomó impulso hacia arriba.

Momentos después, estaban al otro lado. Agarrados de la mano, echaron a correr, dejando cada vez más lejos el escándalo que se había producido en Grulock Farm.

De repente, una silueta apareció ante ellos.

Era un hombre y pareció muy sorprendido de tropezar con una pareja en el punto menos esperado. Saltó hacia atrás y sacó algo a relucir, algo que brilló siniestramente bajo las estrellas.

Meldiver comprendió que su salvación estribaba en no refrenar su carrera. Agachó la cabeza y cargó contra el sujeto que se había interpuesto en su camino.

Su frente chocó contra una mandíbula. El obstáculo desapareció en el acto.

* * *

Tendidos al pie de un seto, Meldiver y Sally, minutos más tarde, trataban de encontrar un poco de aire para sus fatigados pulmones.

—Buddy, es usted mi salvador —dijo ella, cuando se sintió en condiciones de hablar—. ¿Sabe lo que pretendían hacer conmigo?

—No, dígamelo usted.

—El globo estaba preparado para despegar. Fields dijo que esta noche los vientos eran favorables. Rumbo Este, por supuesto.

—Bueno, al cabo de un tiempo, el globo habría aterrizado por sí mismo y...

—¿De veras? ¿Por qué se cree que no lo soltaron inmediatamente, apenas me hicieron prisionera y me ataron? Estaban preparando una carga explosiva, accionada por un mecanismo de relojería.

—¡Increíble! —se asombró Meldiver.

—Como lo oye. Yo misma se lo escuché al propio Fields. La explosión se habría producido dentro de un par de horas y, con toda

seguridad, los restos del globo habrían caído en el Canal.

—Una imaginación portentosa, Sally. ¿Acaso descubrió algo interesante y no querían que usted lo descubriese?

—Oh, no, si apenas, como le he dicho, tuve tiempo de saltar la valla. Casi enseguida me descubrieron. Por supuesto, pensaron que yo era una espía.

—¿De quién, Sally?

—Ah, eso es lo que no puntualizaron. Sólo dijeron ellos, Buddy. Y también añadieron que querían darles una lección.

—Menos mal que hemos defraudado a los «profesores» —sonrió él—. Pero, muchacha, ¿cómo se lo ocurrió...?

—Usted mencionó que había estado en el Red Fly y que había visto a su dueño con Fields. Entonces pensé que aquí podría averiguar algo por mi cuenta.

—Y no averiguó nada.

—Sí; son unos salvajes.

Meldiver contuvo una carcajada.

—Sally, será mejor que vuelva a casa de su tía —aconsejó—. Ciertas aventuras no le sientan bien.

—Me acordaré toda la vida —suspiró ella—. Buddy, ¿cree usted que el hombre con quien nos tropezamos era Rahjantra?

—Yo diría que sí, aunque, claro, no puedo afirmarlo. La oscuridad no me permitió verle las facciones.

—Ha matado ya a otro —dijo Sally, estremecida—. Ya lleva cuatro en su siniestra cuenta. ¿Por qué, Buddy?

Meldiver se encogió de hombros.

—Hubiera sido interesante hablar con él..., pero las circunstancias no resultaban propicias —manifestó.

Se puso en pie y alargó una mano hacia la muchacha.

—Su coche no está lejos, creo —añadió.

—Puedo encontrarlo sin ayuda —respondió ella—. Lo dejé a conveniente distancia de Grulock Farm, fuera del camino, además.

—Piensa usted en todo. Mejor dicho, en casi todo.

—Trato de ayudarle, Buddy —dijo Sally con voz dolida.

Meldiver le dio una palmada en el brazo derecho.

—Ya lo sé, pero también puede ayudarme sin cometer imprudencias. De todas formas, me queda tiempo para acompañarla hasta el coche; no quiero que le suceda nada. Rahjantra puede haber despertado y...

—No me recuerde ese nombre; me entra frío sólo de oírlo —se estremeció la muchacha.

—Alguno se ha quedado ya frío para siempre, después de haberse tropezado con él, de una manera menos afortunada que nosotros —dijo Meldiver ceñudamente.

* * *

Para sorpresa suya, Aracne Worth le entregó a la mañana siguiente un par de libretas y algunos documentos, a fin de que empezara a imponerse en sus asuntos financieros. Meldiver se pasó trabajando toda la mañana, tomó un refrigerio en su habitación, y luego trabajó un rato más hasta la hora del té.

La señora Anders le anunció que Aracne le aguardaba para tomar el té juntos. Meldiver consideró que ya había trabajado bastante y cerró la libreta que tenía entre manos.

Descendió a la planta baja. Se acercó a la sala y, ya se disponía a llamar, cuando, de pronto, reparó en que la puerta se hallaba entreabierta.

A través de la rendija vio a Aracne, indolentemente tendida sobre un diván. La joven llevaba ahora una especie de vestimenta oriental, de rayas azules y doradas, flotantes, pero también muy transparente. Frente a ella, de modo que quedaba de espaldas a Meldiver, había un hombre.

—No sé nada de lo que me estás diciendo, Duke —decía Aracne en aquellos instantes—. Lo menos que se me ocurriría ahora es enviar espías a tu granja. Y menos todavía interferir tus... actividades.

—No me mientas, Aracne —gruñó Fields—. Te separaste de mí y no sólo por hastío, según asegurabas, sino porque querías ser independiente.

—Es lógico. No soy tan fea como para que me suplantes por esa estúpida de Marianne Brynd. Incluso diría que soy más guapa que ella, pero, claro, Marianne es mucho más dócil que yo.

—No la menciones. Marianne no tiene nada que ver con...

Aracne soltó una risita irónica.

—Vamos, Duke, no seas tan ingenuo —le interrumpió burlonamente—. A nadie que te conozca y conozca tus verdaderas actividades harás creer que tanto Marianne como los otros son simples ayudantes tuyos en esa chifladura de los globos.

—Y así es...

—No te molestes, no te creo en absoluto. Y no me importa tampoco que tú me creas o dejes de creerme. No he enviado a nadie a tu granja y te recomiendo dejes de molestarme para siempre.

—Habría un medio muy fácil de evitarlo, Aracne.

—¿De veras?

—Mis manos son fuertes. Tu cuello es muy frágil.

Aracne continuaba sonriendo.

—No te atreverías, Duke —le desafió.

—Cualquier día, te...

Fields calló de pronto. Silencioso, como todos los de su estirpe en determinadas circunstancias, «Qumah» hizo acto de presencia y se tendió a los pies de su ama.

—¿Por qué no intentas atacarme? —le desafió Aracne.

Fields sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que le corría por la frente. —Ordena a esa maldita fiera que se vuelva a su guarida —rezongó.

—«Qumah» estará aquí hasta que tú te hayas ido —contestó ella.

Fields se dirigió hacia la puerta. Abrió de golpe, pero, de pronto, se volvió hacia la dueña de Weathrust Tower.

—Un día de éstos ajustaremos cuentas, Aracne —la amenazó.

Ella contestó con una risita sarcástica. Fields salió y entonces fue cuando vio al hombre que estaba en el otro lado del vestíbulo, contemplando un cuadro, con las manos a la espalda.

—¿Quién es ese individuo? —gruñó.

Aracne se incorporó un poco en el diván.

—Ah, es Urban Meldiver, mi consejero legal —exclamó—. ¡Señor Meldiver!

El joven se volvió en el acto.

—¿Señora Worth?

Aracne se levantó, caminó hacia la puerta y se apoyó lánguidamente en el marco.

—Le presento al famoso aeronauta, Duke H. Fields. Duke, Urban Meldiver.

Los dos hombres intercambiaron sendas inclinaciones de cabeza. Fields ya no dijo nada; giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida a grandes zancadas.

Aracne alargó una mano hacia el joven.

—Acérquese, Buddy —llamó insinuantemente—. Tengo ganas de charlar con usted. Meldiver se percató de que Aracne se había colocado sabiamente a contraluz. Su silueta se percibía con toda nitidez a través de las gasas de aquella exótica vestimenta.

—¿Solos o con «Qumah» al lado? —preguntó.

Ella lanzó una argentina carcajada.

—Según de quién sea, no necesito a «Qumah» para que me defienda —respondió. Meldiver se situó frente a Aracne. La mano de la mujer tiró de él hacia adentro.

—Venga, Buddy —invitó ella con voz insinuante.

El joven sonrió. Realmente, era una mujer de gran hermosura.

—Sí, señora...

—Aracne, por favor, insisto.

—Como quiera, Aracne.

—Y de tú, Buddy.

—Tú me mandas, Aracne.

Ella chasqueó los dedos.

—Vete, «Qumah» —ordenó.

El león bostezó aparatosamente y luego se marchó.

—Ya estamos solos —dijo Aracne a continuación.

—Estoy seguro de que no quieres defenderte de mí —sonrió Meldiver.

—Hay momentos en que una mujer no debe pensar en la defensa —contestó ella, mientras rodeaba con sus brazos el cuello de su huésped.

Capítulo

X

—No he leído nada en los periódicos acerca de la muerte de un hombre en Grulock Farm —dijo Sally el lunes por la tarde y a través del teléfono.

—Es natural. El individuo apuñalado está, seguramente, enterrado en cualquier rincón de la granja.

—¿Usted cree, Buddy?

—Estoy seguro de ello. Lo que menos les conviene a Fields y a los otros es la intervención de la policía.

Sally se quedó pensativa unos instantes. Luego dijo:

—Ahora estamos seguros de que Fields hace contrabando. Pero, ¿cómo?

—Al inspector Ryan también le gustaría saberlo, Sally.

—Y Potter es su competidor.

—Junto con la señora Worth —añadió Meldiver.

—¿Lo cree así, Buddy?

—Por ahora, no es más que una simple sospecha. Pero si no fuera así, ¿por qué se ocultó en casa de Potter el día en que yo fui a verle y luego, después de la explosión de la bomba, salió disparada como si la persiguiese el mismísimo demonio?

—Eso es cierto —convino Sally—. En tal caso, ¿por qué aceptó usted su invitación?

—Sally, yo ignoraba ese detalle. Además, ella me llamó, porque quiere que me ocupe de sus asuntos legales.

—¡Hum! —dudó ella—. ¿Sólo para eso, Buddy?

—¿Para qué otra cosa podría ser, Sally?

—Tengo aquí a la vista una revista ilustrada. Hay un reportaje sobre Aracne Worth y su león domesticado, una verdadera rareza en todos los sentidos.

—He visto a «Qumah» y puedo asegurarle que es tan manso como un gatito, Sally.

—Tener un león en casa es muestra de rareza. Una manía, vamos..., pero Aracne puede tener también otras manías.

—Muchacha, no sea suspicaz —rezongó Meldiver—. Los motivos de mi estancia en Weathrust Tower le son conocidos de sobra. No ha habido más, ¿comprende?

—Comprender, sí comprendo. Lo que me gustaría es creerle, Buddy. Pero también me doy cuenta de que no tengo derecho a interferir ciertos aspectos... sentimentales de su vida. Hasta luego.

Sally colgó bruscamente. Meldiver contempló el teléfono con aire enojado.

—Cualquiera diría que se siente celosa —masculló.

Luego encendió un cigarrillo y se reclinó en el sillón.

De todo aquel asunto, había algo que llamaba especialmente su atención: las cuatro muertes presuntamente cometidas por Rahjantra.

Cuatro hombres habían perecido apuñalados y todos ellos, no sólo al primer golpe, sino instantáneamente.

—Habilidad de matarife —murmuró, mientras se preguntaba cómo podría averiguar el paradero de Mahjar Rahjantra.

De pronto se acordó de un nombre. Aquel sujeto, efectivamente, podía ponerle tal vez sobre la pista del hindú.

* * *

El individuo se llamaba Tim Hoboken y era apostador profesional. Los ojos de Meldiver brillaron de placer al verle sentado a una mesa, en compañía de dos o tres individuos, a quienes también supuso pertenecientes al gremio.

La taberna no era de gran categoría, pero resultaba acogedora. Meldiver eligió una mesa situada no lejos de la que ocupaba su conocido y pidió una cerveza a la camarera, que se acercó casi en el acto.

Minutos después, y como había supuesto, Hoboken se separó de sus amigos y vino a sentarse frente al joven.

—Tengo una bonita oportunidad para usted, abogado —dijo.

Meldiver sonrió.

—¿Hay buena información? —preguntó.

—De primera. Quince a uno y está «chupado». ¿Qué le parece?

Meldiver sacó un billete de cinco libras.

—A medias, Tim —dijo.

El apostador le miró con recelo.

—¿Qué pretende de mí, abogado? —gruñó—. Ya sé que le debo mucho; usted me sacó de un grave apuro hace años...

—Empezaba la carrera. Los abogados jóvenes siempre ponen más ardor en la defensa de sus clientes —sonrió Meldiver—. Pero no voy a pedirte nada malo, créeme, Tim.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Ando buscando a un hombre. Tú conoces a mucha gente.

—¡Psé! ¿Cómo se llama el tipo?

—Rahjantra. Hindú.

Hoboken torció el gesto.

—Hindú —dijo despreciativamente—. Estamos llenos de hindúes, jamaicanos, negros y gente de toda ralea. Si esto sigue así, los buenos ingleses vamos a tener que emigrar, créame, abogado.

Meldiver se echó a reír, porque no se imaginaba a Hoboken lejos de su ambiente de carreras de caballos y apuestas.

—Hay sitio para todos, hombre —manifestó—. ¿Qué me dices de Rahjantra?

—Vaya al sesenta y dos de la calle Hudley, cuarto piso, letra E. Pero tenga cuidado o puede que se encuentre sin saber cómo con un palmo de acero en las costillas.

—Llevo un chaleco blindado —sonrió Meldiver.

—Rahjantra vive con una jamaicana llamada Fanny Sorego. ¡Dios los cría y ellos se juntan! —exclamó Hoboken sarcásticamente—. Pronto estará Londres lleno de caras de color, se lo aseguro.

—Eres un pesimista impenitente, Tim. De todas formas, gracias por la información.

Meldiver se puso en pie. Hoboken agitó la mano.

—Ah, no se olvide. «Black Turtle», cuarta carrera del próximo sábado —informó.

—Si hace honor a su nombre, no ganaremos, Tim.

—Se lo han puesto para despistar, abogado. «Black Turtle» es tan veloz, que sería capaz de detenerse para dar a luz a su potro, destetarlo,

seguir corriendo y ganar luego por dos largos de ventaja.

—Si es así, tendré que felicitarte por tu buen servicio de información, Tim.

—Pocas veces me falla, abogado —contestó el apostador profesional.

Meldiver salió de la taberna riéndose por dentro. La verdad era que había gente con imaginación en eso de poner nombres a los caballos de carreras. A la gente le haría mucha gracia ver que una yegua llamada «Tortuga Negra» llegaba en primer lugar.

* * *

La mujer que salió era de piel bronceada y cabello crespo, bastante bonita y de cuerpo generosamente contorneado. Al menos, eso parecía bajo la bata que llevaba puesta y que parecía ser la única prenda que usaba en aquellos momentos.

—Busco a Rahjantra —dijo Meldiver sin más preámbulos.

Fanny Sorego se apoyó en el marco de la puerta y contempló a su visitante con singular interés.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó.

Meldiver enseñó un billete de cinco libras. Los ojos de Fanny cobraron un brillo inusitado.

—Ahora no está en casa —dijo.

—¿Tardará mucho?

Fanny titubeó. Meldiver se abanicó con el billete.

—No..., no sé... —dijo ella.

—Podría esperarle aquí, ¿no le parece?

—A mí no me gustaría —sonó de pronto la voz de un hombre.

Meldiver miró al interior del piso por encima de los hombros de Fanny. Al otro lado de la sala, en el umbral de un dormitorio, había un tipo de piel oscura, de mediana complexión y vestido únicamente con los pantalones.

—¿Es Mahjar, Fanny? —preguntó el abogado.

Ella se mordió los labios. Meldiver creyó comprender.

—Le aseguro que seré discreto, pero necesito hablar con él sin falta —dijo.

—Está bien, entre —accedió ella finalmente—. De todas formas, Kobo se iba a ir ya.

—Eso es lo que tú te crees, preciosa —dijo el africano—. Aquí estoy

muy a gusto y no me voy a ir sólo porque un cochino racista británico te haya encandilado con cinco libras.

—¿Le diría eso mismo a Rahjantra? —preguntó Meldiver.

Kobo metió la mano en el bolsillo posterior de sus pantalones y sacó una navaja de resorte, que desplegó en el acto.

—Váyase —dijo hoscamente.

Meldiver permaneció inmutable.

—Ven a echarme, guapo —le desafió.

Kobo avanzó hacia él. Fanny se apartó a un lado, con los ojos desorbitados por el terror.

—No temas, guapa —dijo Kobo—; sólo voy a pincharle un poco..., quiero hacerle cosquillas para reírnos un poco.

La navaja partió culebreando hacia el estómago de Meldiver. Kobo pretendía tan sólo cortar la ropa, pero, de repente, se encontró con el brazo armado a la espalda.

Antes de que pudiera reaccionar, una fuerza tremenda lo catapultó contra la pared más cercana. Se oyó un sordo ruido y Kobo, tras un violento rebote, cayó casi inconsciente al suelo.

Meldiver se inclinó, tomó la navaja y cortó de un tajo el cinturón de los pantalones de Kobo. Luego entró en el dormitorio, buscó el resto de las ropas, salió y las tiró al pasillo.

Kobo siguió a las ropas instantes después, impulsado, tras ponerse en pie y no por propia voluntad, por un fenomenal puntapié que Meldiver le aplicó como despedida en las posaderas. Por segunda vez, Kobo volvió a estrellarse contra una pared.

Meldiver cerró la puerta y se volvió hacia Fanny, sonriendo brillantemente.

—Asunto concluido —dijo.

La jamaicana le contempló con admiración.

—Eres un verdadero torbellino —calificó—. Ganarías incluso a Mahjar.

—Sí, es probable, pero a él no le gustaría enterarse de la forma en que te distraes de sus ausencias.

Fanny se encogió de hombros.

—Últimamente lleva una temporada en que no para apenas en casa —dijo desdeñosamente, mientras se acercaba a una vieja consola, sobre la que había un par de botellas y varios vasos—. Lo siento, el refrigerador está averiado y no puedo servirte hielo —añadió.

—Gracias, pero no tengo ganas de beber —declinó Meldiver la invitación—. ¿A qué se dedica Rahjantra?

—¿Crees que me lo dice? Va, viene, a veces sale a deshoras..., en ocasiones me entrega algo de dinero... No creas, no se distingue precisamente por su generosidad. Cualquiera día lo dejaré plantado, se lo aseguro.

—Le mataron un hermano hace poco —dijo Meldiver.

—Sí. Creí que se volvía loco. Bebió hasta caer redondo al suelo. Al día siguiente se marchó y estuvo tres sin aparecer por casa.

—¿No te dijo luego lo que había hecho?

—Ni siquiera se justificó por la ausencia. Ya empiezo a estar harta de él. Y dé Kobo también; creí que sería mejor que Mahjar, pero me he equivocado.

—Parece que no tienes suerte con los hombres, Fanny.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Sobran en Londres —contestó—. ¿Por qué le busca? —preguntó de repente.

—Quiero hablar con él.

—¿Es usted policía?

—Oh, no, solamente un particular.

—Algunos van a buscarlo a La Rosa y el Delfín. Acampa allí cuando no está en casa —dijo Fanny sarcásticamente.

Llenó el vaso y lo apuró de golpe. Estaba frente a la ventana y, de repente, lanzó una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Meldiver.

—Mahjar —contestó ella—. Está cruzando la calle.

Meldiver había encendido un cigarrillo poco antes y lo dejó sobre un cenicero próximo.

—No le digas nada de las cinco libras —aconsejó.

—Le aseguro que no verá un solo penique —contestó Fanny ácidamente.

Pasaron algunos minutos. De pronto, se oyó un golpe sordo contra la puerta.

Meldiver frunció el ceño.

—¿Es que no tiene llave? —preguntó.

—Claro que sí —contestó Fanny, muy preocupada—. Me extraña que no haya abierto ya...

La puerta se abrió repentinamente con gran violencia. Un cuerpo

humano cayó de bruces sobre el umbral.

Fanny pegó un chillido que hizo retemblar los cristales. Meldiver respingó al ver en la espalda de Rahjantra el mango de un puñal clavado hasta la empuñadura.

Capítulo XI

—EL apuñalador apuñalado —dijo Sally a la tarde siguiente, mientras tomaban sendas tazas de té en un discreto *pub* situado no lejos de su actual residencia.

—Así se podría calificar el hecho. Pero, ¿estamos seguros de que fue Rahjantra el autor de las otras muertes? Por lo menos, los que murieron a puñal.

—¿Y quién otro podría ser? —exclamó Sally.

—No lo sé, no estoy muy seguro de ello. Tal vez alguien se aprovechó de su fama para desencadenar esa plaga de puñaladas.

—¿Con qué objeto, Buddy?

—Hay una cosa cierta, y es el contrabando de diamantes. El dinero que debe de haber en juego es mucho, Sally. No justifica, pero sí explica los crímenes cometidos hasta ahora.

Ella asintió.

—Y que nadie se ha sentido capaz de aclarar todavía —dijo.

—Mi opinión es que todos los muertos pertenecían a una misma banda. Alguien está tratando de crear el terror entre los miembros de la cuadrilla, a fin de que abandonen la partida.

—Podiera ser —convino Sally—. Sin embargo, creo que nos hemos olvidado de un detalle importante.

—¿Cuál es?

—Usted encontró una clave en la ropa del hermano de Rahjantra. Todavía no se nos ha ocurrido investigar qué significa.

Meldiver se mordió los labios.

—Es cierto —admitió—. Podría tratarse de la clave de una caja

fuerte.

—¿La de Potter?

—Quizá la de Butler. Otra Sally me dijo que había visto en manos de Butler un brillante gordo como una cereza.

Sally silbó.

—Bebe de valer una millonada —exclamó.

—Por supuesto. Pero... ¡cómo me gustaría echar un vistazo a esa caja fuerte!

—¿La de Butler?

—Sí.

—Bueno, teniendo la clave, no creo que resulte tan difícil —dijo Sally con los ojos brillantes.

Meldiver la miró con fijeza.

—Adivino lo que va a decir a continuación —exclamó.

—Sí, Buddy, quiero ir con usted al Red Fly —corroboró ella con una gran sonrisa.

* * *

Sally abandonó el cajón vacío en que había estado escondida hasta entonces y se puso las manos en la cintura. Echó el torso hacia atrás y dijo quejumbrosamente:

—Tengo los riñones hechos puré, Buddy. Nunca había permanecido casi seis horas agazapada dentro de un cajón vacío.

—Es la falta de costumbre. Cuando lo haya hecho dos o trescientas veces seguidas, ni lo notará —contestó el joven; surgiendo del cajón cercano.

Sally le miró indignadamente.

—Esto no es cosa de broma, Buddy —dijo.

—Por eso estamos aquí. Pero si perdemos el buen humor, todavía resultará peor, créame.

La linterna que Meldiver tenía en la mano derecha iluminó parcialmente el sótano del Red Fly, en el que se habían escondido una hora antes del cierre del local. Pronto amanecería y ambos comprendían la necesidad de darse prisa.

Sally había mostrado impaciencia en más de una ocasión. Meldiver, sin embargo, quería estar seguro de que nadie les sorprendería intempestivamente.

Con gran cautela, subieron a la planta, oscura y silenciosa en aquellos momentos. Luego se dirigieron al piso superior, en donde estaban los servicios, camerinos y el propio despacho de Butler.

De repente, Sally lanzó un grito:

—¡Allí, cuidado!

Su mano señalaba hacia la pared del fondo, en donde se veían dos siluetas que avanzaban hacia ellos. La muchacha se colocó apresuradamente detrás de Meldiver. —Saque su pistola, hombre — exclamó ella, muy asustada.

Pero el abogado se echó a reír.

—¿Tiene miedo de nosotros mismos? —preguntó.

Sally alargó el cuello por encima del hombro de Meldiver.

—Es un espejo —dijo, decepcionada.

—Por fortuna para nosotros, porque no llevo pistola. Vamos, señorita aprensiva. —Acabaré padeciendo del corazón.

—¿No era suya la idea de venir aquí?

—Sí, pero, la verdad, no me esperaba un susto semejante.

—Es verdad. Olvidé avisar al comité de bienvenida, a las *majorettes*, al alcalde, a la miss local y a la banda de música. Las cosas hubieran resultado mejor de este modo, ¿no le parece?

—Es usted vulgarmente sarcástico, Buddy. No me gustan ciertas bromas —se picó la muchacha.

La mano de Meldiver estaba ya en el pomo de la puerta del despacho de Butler. Abrió, empujó y enfocó su linterna hacia el cuadro situado inmediatamente tras la mesa.

Desde aquella distancia, el haz de rayos luminosos hizo visible también el cuerpo de un hombre sentado en el sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Cuidado —siseó la muchacha—. Está dormido.

—Sí, para siempre —puntualizó Meldiver con lúgubre tono.

* * *

Sally lanzó un gemido ahogado.

—¡Muerto! —exclamó.

—Como nuestras respectivas bisabuelas —confirmó él, a la vez que avanzaba hacia la mesa.

Era Butler y, no cabía duda, estaba muerto.

—Otro apuñalamiento —sugirió Sally.

—Esta vez no. Le han disparado un tiro.

El agujero de la bala era claramente visible en la pechera de la camisa. Meldiver frunció el ceño al observar que la sangre no se había coagulado aún por completo.

Había un ligero brillo en el pequeño reguero de líquido que se había escurrido hacia abajo desde la herida. La vista del joven subió segundos después hasta el cuadro que ocultaba la caja fuerte.

Meldiver se sintió preocupado. El cuadro no estaba pegado por completo a la pared. De repente, oyó un agudo chillido a sus espaldas.

—¡Buddy!

El joven se volvió a tiempo de ver a Sally rodar por el suelo, con los pies por alto y a una silueta oscura que escapaba hacia el pasillo. Meldiver se insidió a sí mismo por no haber previsto la eventualidad de una persona oculta tras la puerta.

Dado que la habitación estaba aún a oscuras y que no movió la linterna con la suficiente rapidez, apenas si pudo ver nada, salvo una figura humana vestida de negro. Corrió hacia la puerta, pero el asesino cerró antes y, además, dio dos vueltas de llave.

Meldiver pegó un par de tirones al picaporte, pero más por fórmula que por sentirse realmente convencido de que conseguiría algo. Luego se inclinó para ayudar a la chica a ponerse en pie.

—¿Se ha hecho daño, Sally? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—Sólo sentí un terrible empujón y caí rodando por el suelo —contestó—. No me di cuenta de que había alguien en la habitación, hasta que recibí el golpe.

—Sea quien sea, ha conseguido escapar y nos ha dejado encerrados con el cadáver, Sally.

—Oh —dijo la muchacha, consternada—. Entonces, ¿no podremos salir?

—Ya daremos con alguna idea —respondió Meldiver—. Ahora, quiero comprobar una cosa.

Dio la vuelta a la mesa, procurando no tocar el cadáver, e hizo girar el cuadro.

La puerta de la caja fuerte estaba igualmente entreabierta. Al abrirla por completo, enfocó a su interior el haz de rayos de la linterna.

—Vacía —dijo—. Tan vacía como si acabara de ser instalada por el fabricante.

—Es terrible —murmuró ella—. ¿Qué podía haber en esa caja?

—Documentos, dinero... y piedras preciosas.

—Y el asesino se lo ha llevado todo.

—Diríase que incluso ha limpiado el polvo del interior. Bien —suspiró Meldiver—, aquí ya no tenemos nada que hacer, Sally.

—¿Cómo vamos a salir, Buddy? —preguntó ella.

—Este primer piso es más bien una especie de altillo, quiero decir que no tiene la altura, con respecto a la sala de fiestas, que tendría un piso superior normal. Por tacto, las ventanas no están muy lejos del suelo.

—Ah, ya entiendo.

Meldiver se dispuso a dar media vuelta, para abandonar la caja fuerte. De pronto se paró en seco.

—¿Qué sucede? —preguntó Sally.

Sentíase intrigada al ver a Meldiver realizar profundas inspiraciones.

—¿Huele algo en particular? —añadió.

—No, todavía quedan rastros muy tenues de olor a pólvora deflagrada. No se preocupe, Sally.

Meldiver se acercó a la ventana más próxima y la abrió. Se asomó un poco para explorar el terreno y luego hizo una señal con la mano.

—Venga, Sally —llamó—. Usted se descolgará primero; yo la ayudaré desde aquí arriba. Sólo son unos tres metros y medio.

—De acuerdo.

Meldiver sostuvo a la muchacha cuanto pudo, a fin de aminorar la distancia de sus pies al suelo. Soltó sus muñecas cuando vio que ya no podía alargar más sus propios brazos, y Sally cayó de pie primero y luego rodó un poco, sin daño alguno.

El abogado la siguió a continuación. Dieron la vuelta al edificio y corrieron hacia el coche, estacionado en las inmediaciones.

Cuando Meldiver iba a arrancar, Sally le hizo una observación;

—Buddy, a Butler lo han matado de un tiro. ¿Cómo no hemos escuchado la detonación?

—El asesino, probablemente, usó un silenciador. Pero, aun así, estábamos a demasiada distancia para escuchar el disparo.

Aquel argumento convenció a la muchacha. Meldiver guió el automóvil hasta la casa donde ahora residía Sally accidentalmente, adonde llegaron con las primeras luces del día.

—La llamaré esta tarde —se despidió él.

Sally esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Estoy muerta de sueño y me gustaría bostezar..., pero temo que habré de tomar un sedante para no recordar a Butler muerto, sentado en su sillón —dijo.

Meldiver sonrió también, aunque ya no habló. También a él le gustaría irse a dormir, pero no podía.

El olor a pólvora mencionado por él apenas era perceptible. En cambio, cerca de la caja fuerte se percibía con mucha mayor intensidad el perfume que usaba habitualmente Aracne Worth.

Capítulo XII

LA señora Anders arqueó ligeramente las cejas al reconocer a su inesperado visitante.

—¿Cómo está, abogado Meldiver? —saludó con toda cortesía.

—Hola, señora Anders —dijo el joven—. ¿Puedo hablar con la señora?

—Creo que podrá recibirle —contestó el ama de llaves—. Pase a la sala; iré a avisarla.

—Gracias.

Meldiver cruzó el vestíbulo y entró en la sala. Sobre la consola divisó las bebidas y, sin el menor escrúpulo, se sirvió una buena dosis de escocés.

A través de la ventana, vio a un hombre recio y membrudo que regaba las plantas del jardín, no lejos del foso que rodeaba el territorio de «Qumah». Era Ernest, el jardinero, y, en ocasiones, chófer de Aracne.

La dueña de la casa llegó momentos más tarde.

—Buddy, qué sorpresa —exclamó.

—Hola, Aracne —sonrió él—. ¿Has dormido bien esta noche?

Ella levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Te preocupa mi sueño? —inquirió.

—En cierto modo, claro.

—Buddy... el otro día ocurrió algo entre los dos. Espero no lo hayas tomado como cosa definitiva y empieces a sentir celos de un competidor inexistente. Si hay algo que deteste en este mundo son los celos, puedes creerme.

—No tengo celos de nadie, ni tampoco te acuso de no haber estado

sola durante la noche. En realidad, así ha sucedido, aunque tampoco has pasado la noche en Weathrust Tower.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó ella, ligeramente pálida.

Meldiver señaló un par de maletas situadas en un rincón.

—¿Te vas de viaje, Aracne? —dijo.

—Estaré unos días fuera...

—Para vender los diamantes que te llevaste de la caja fuerte de Butler, ¿no es así?

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Aracne brillaban de un modo singular.

—No sé lo que me estás diciendo...

Meldiver se acercó a la consola donde estaban las bebidas y levantó un paño que cubría algo. Una pistola con silenciador quedó a la vista.

—Es el arma que has empleado contra Butler —acusó.

* * *

La cara de Aracne había adquirido una blancura espectral.

—No puedes probarlo...

—Falta un cartucho en el cargador, que estaba completo. Es de suponer que empleases guantes para no dejar huellas dactilares, pero, al menos, deberías de haber dejado de usar tu perfume. La caja fuerte estaba impregnada por completo, Aracne.

—Buddy, deja que te explique...

—Me gustaría más que me explicases por qué me llamaste para ocuparme de tus asuntos legales —cortó él fríamente—. No lo hiciste ciertamente por mi fama como abogado, que no es cosa del otro mundo. Tenías otros proyectos, pero quizá no te he dado tiempo a desarrollarlos por completo. Acaso pretendías complicarme de tal modo en tus planes, que luego me resultase imposible abandonarte. Y un abogado en la banda, siempre hubiera resultado de utilidad, ¿no es así?

Aracne enderezó el busto.

—Está bien —exclamó—. Dejémonos de rodeos. ¿Qué es lo que pretendes ahora, Buddy?

—Explicaciones —pidió él sucintamente.

—¿Y si no quisiera dártelas?

—Al inspector Ryan le encantaría conocer detalles de la competencia entre las dos pandillas de contrabandistas de diamantes, una de las cuales estaba compuesta por la hermosa señora Worth y el comerciante

James Potter. Es fácil ahora comprender el significado del nombre de la empresa: Potter y Cía. Tú eres la segunda parte de la denominación, ¿no es cierto?

—Y bien, aunque así sea, ¿con qué pruebas cuentas? —le desafió ella —. No me digas que actúas solamente por amor a la justicia, desinteresadamente y demás. Estoy segura de que a ti también te agradaría meter la mano en el saco del botín, Buddy.

—¿Había muchos diamantes en la caja fuerte de Butler?

Aracne hizo un gesto de decepción.

—No es la cantidad de diamantes lo que importaba —respondió.

—Entiendo. Interesaba eliminar a uno de los más prominentes miembros de la banda rival, ¿no es así?

—No quiero contestarte, Buddy —dijo ella secamente.

—Tú conocías la clave de la caja fuerte. La obtuvo para vosotros Hawadi Rahjantra, quien, en un tiempo, estuvo empleado en el local de Butler. Potter lo citó en su oficina, pero lo que Rahjantra recibió, en lugar de la recompensa que esperaba, fue una puñalada. ¿Lo mató Potter?

—Ya te he dicho antes...

—Sí, sí, ya sé, no quieres contestarme. Pero sin duda ignoras que Rahjantra tenía sobre sí una copia de esa clave. Acaso pensó que tal vez un día podría dar unos cientos a la caja fuerte de Butler.

—¿Encontraste tú esa clave?

—Sí, aunque no me sirvió de nada. Tú llegaste antes que yo.

—Cuestión de oportunidad, Buddy.

—Indudablemente. También creo suponer que intimidaste a Butler y a sus socios para que abandonasen el negocio, pero, lógicamente, la respuesta de Butler fue negativa. Entonces, quisiste hacer una demostración de fuerza, a la vez que conseguías un buen puñado de miles de libras esterlinas en diamantes, dispuestos para la «exportación». ¿Me equivoco, Aracne?

La expresión que apareció en el rostro de la mujer indicó a Meldiver que sus argumentos eran correctos.

—Cometí un error al tratar de atraerte a mis filas —se lamentó ella.

—Los errores, tarde o temprano, se pagan, Aracne.

—El tuyo ha consistido en meter la nariz donde no debías, Buddy.

—Hay cosas que me repugnan, a pesar de que me considero un espíritu amplio y liberal. Lo siento por ti, Aracne; eres verdaderamente

hermosa y siempre lamentaré que hayas tomado una ruta equivocada.

—En todo caso, el que ha equivocado el camino es usted, abogado —sonó de repente una voz a espaldas de Meldiver.

Casi en el mismo instante, una pistola se apoyó en los riñones del visitante. Meldiver, impasible, levantó las manos.

—¿Me vas a matar aquí mismo, Aracne? —preguntó, mirándola al fondo de los ojos.

* * *

Hubo un intervalo de silencio. De pronto, Aracne formuló una pregunta:

—Ernest, ¿cuál es tu opinión?

El jardinero sonrió torcidamente, aunque Meldiver, dada su posición, no pudo verlo.

—Este entrometido podría sufrir un accidente —sugirió.

—¿Qué clase de accidente? —inquirió Aracne.

—Uno causado por la curiosidad. Si me lo permites, querida...

—Aracne, ¿es tu esposo? —preguntó Meldiver de pronto.

—Me llamo Worth, en efecto —confirmó el falso jardinero.

—Una bonita comedia —dijo Meldiver.

—Era necesaria —contestó ella, impertérrita.

—A causa de..., de los vecinos.

—¿Cómo?

—Me refiero a Fields y sus chicos.

—Ah, sí, claro. Tienes razón, Buddy, pero eso ya no es interesante para ti.

—Quizá lo sea para la señora Anders, Aracne.

—Acaba de marcharse —terció Ernest—. Ya había sido despedida y, por supuesto, recompensada con largueza.

—Cuánta generosidad —rió Meldiver—. De modo que estamos los tres solos.

—Sí —confirmó Aracne—, pero dentro de nada sólo estaremos Ernest y yo. Y muy pronto no habrá nadie en Weathrust Tower.

—¿Ni siquiera «Qumah»?

—Hombre, ahora que menciona el león. Querida, ¿sabes que esta mañana me olvidé de darle su «desayuno»?

A Meldiver se le erizaron repentinamente los cabellos. Una súbita sospecha puso hielo en su espalda.

—Entonces, «Qumah» tiene hambre —dijo Aracne.

—Sí, pero me da mucha pena —exclamó Ernest hipócritamente—. ¿Qué te parece si aliviarnos su apetito?

Aracne miró al joven y sonrió de un modo extraño.

—De acuerdo, Ernest —concordó.

La pistola se hundió con fuerza en los riñones del visitante.

—Camine, Meldiver —ordenó el falso jardinero.

Meldiver se vio constreñido a obedecer la orden. Atravesaron la puerta que daba directamente al jardín y avanzaron hacia el foso que encerraba la isleta en que habitaba el león.

El puente levadizo estaba ya bajado. Detrás de Meldiver sonó nuevamente la voz de Ernest.

—Pase al otro lado —dijo—. Si se niega, lo dejaré seco de un tiro. Y no bromeo, créame.

Meldiver se llenó los pulmones de aire. No, no iba a resultar agradable enfrentarse con un león hambriento.

Cruzó el puente. Había un mando independiente en la orilla del foso y Aracne lo hizo funcionar en el acto.

Meldiver escrutó los árboles más cercanos. Demasiado bajos, se dijo. Tal vez en circunstancias normales..., dentro de la relativa normalidad de enfrentarse con un león que obedecía ciegamente las menores órdenes de su ama, habría tenido alguna posibilidad.

Ahora, no; los árboles eran demasiado bajos y «Qumah» tenía hambre.

En el interior de la isleta sonó de pronto un rugido atronador.

—¡Ven, «Qumah»! —llamó Aracne.

* * *

—Va a resultar un espectáculo divertido —comentó Ernest.

Meldiver oyó la frase y se volvió un instante.

—Ustedes han nacido demasiado tarde —dijo—. Deberían haber vivido en la época de la Roma imperial. Me recuerdan a Nerón y a Mesalina.

—El espectáculo será muy parecido —sonrió Aracne.

«Qumah» volvió a rugir. Meldiver retrocedió hasta que sus tacones tocaron el borde del foso, cortado a pico.

El león apareció, meneando lentamente la cola. Se agazapó un

instante y clavó en su presa la mirada amarilla de unas pupilas que expresaban el ansia de dar suelta a sus instintos ancestrales.

—¡«Qumah», ataca! —ordenó Aracne.

El león continuó agazapado. Ahora abría y cerraba la boca, con estremecedores chasquidos de sus formidables colmillos. Meldiver, que sudaba a chorros, pensó que a «Qumah» le resultaba difícil, por otra parte, abandonar el estado doméstico en que había permanecido hasta entonces.

—Vamos, «Qumah». Ataca, ataca —insistió la mujer, perversamente.

—Le cuesta abandonar sus hábitos pacíficos —adivinó Meldiver.

Aracne volvió a gritar, azuzando al felino, que no parecía muy inclinado a obedecer la orden. Ernest parecía un tanto desconcertado.

La mujer estaba exasperada. De pronto, se volvió hacia su esposo:

—Dispárale un tiro, pero procura rozarle solamente. El dolor le enfurecerá, Ernest.

Worth asintió. Tomó puntería con todo cuidado y la bala rozó el lado izquierdo de la grupa del animal.

—¡Ataca, «Qumah»! —chilló Aracne una vez más.

La respuesta del león al disparo fue un rugido atronador. A Meldiver ya no le cupo la menor duda de que «Qumah» reaccionaría ahora tal como esperaba su sádica propietaria.

Capítulo XIII

—¡VAMOS, «Qumah»! —gritó Aracne de nuevo.

La cola del animal se movía de un modo singular. Meldiver estaba tan cerca del borde escarpado del foso, que sus tacones quedaban prácticamente al aire.

El león se lanzó hacia adelante a toda velocidad, rugiendo de un modo empavorecedor. Meldiver se dijo que sólo tenía un medio de salir vivo de aquella situación. Era arriesgado, las posibilidades eran escasísimas..., pero si no lo hacía así, no viviría.

En el último instante, «Qumah» tomó impulso sobre sus patas traseras y saltó hacia el joven. Meldiver, simultáneamente, se tiró al suelo, hacia su derecha, rodando luego hacia adentro, con la mayor agilidad posible.

Fallado el golpe, «Qumah», que ya no podía contener su impulso, cayó al foso, con gran estrépito de espuma. Aracne lanzó un agudísimo chillido de rabia.

—¡Dispárale, Ernest!

Meldiver se puso en pie y empezó a correr, zigzagueando velozmente, mientras las balas levantaban nube— cillas de polvo entre sus pies. De súbito, oyó un alarido de terror:

—¡El león, el león!

Esta vez era Ernest el que gritaba. Movido por la curiosidad, Meldiver detuvo su carrera y se volvió un instante.

—Ordénale que se quede quieto —gritaba Ernest desesperadamente.

—Pégale un tiro, estúpido —le apostrofó ella.

—No puedo; he agotado las municiones...

El instinto natural del felino le había hecho nadar a través del foso. Ahora trepaba por el talud y estaba a punto de salir al otro lado.

Aracne corrió hacia el animal y le asestó un fuerte puntapié en el hocico.

—A tu sitio, «Qumah».

Fue un error monumental. El felino estaba aterrado y encolerizado por todos aquellos hechos que habían venido a alterar la plácida monotonía de su existencia.

Tenía hambre, le habían herido, había caído a un foso lleno de agua, elemento secularmente enemigo suyo... y ahora le pateaban en el sensible punto de su anatomía que era el hocico.

Un espantoso rugido brotó de sus fauces. Aracne comprendió que la fiera era ya ingobernable y dio media vuelta, intentando escapar.

Resultó inútil. A los pocos pasos, «Qumah» cayó sobre ella y la decapitó de una sola dentellada. Los horribles chillidos de Aracne tuvieron un fin brusco y desafinado.

Loco de pavor, Worth corría enloquecido hacia la casa. El león llegó antes.

«Qumah» había probado ya la carne humana y no había fuerza capaz de detener su enloquecido ataque.

En el último instante, Ernest, viendo que ya no tenía escapatoria, se volvió con un enorme puñal en la mano derecha.

El león cayó sobre él. Meldiver se sintió mareado por el espectáculo y hubo de apoyarse en un árbol. Se preguntó cómo podría salir de la isleta.

* * *

—Sí, dígame —exclamó Sally Stelling al día siguiente—, ¿cómo consiguió salir de allí?

—Los rugidos del animal se oyeron a gran distancia. Un granjero se alarmó y llamó a la policía. A «Qumah» lo cazaron desde un helicóptero, a tiros, no había ya otra solución.

—¿No se movió de la casa?

—Nunca había salido de allí. Era prácticamente su hogar y, además, ya no tenía hambre —contestó Meldiver.

Sally se puso una mano en la boca.

—Debió de ser... horripilante —dijo.

Meldiver asintió.

—Sí, fue horrible —convino.

—Pero usted tuvo que dar alguna explicación sobre su presencia en la casa.

—Claro que sí. Lo que sucede es que, para que nadie sospechase, me mojé por completo en el foso. Luego dije que cuando «Qumah» sufrió aquella especie de ataque de locura, yo me tiré al foso y pasé nadando al otro lado. Cualquiera, en mi caso, habría hecho lo mismo y a nadie le extrañaron mis explicaciones.

—Entonces, no dijo nada de los diamantes...

Meldiver hizo un gesto negativo.

—Lo único que dije, y era fácilmente demostrable, es que yo estaba allí porque Aracne quería encargarme sus asuntos legales. Pero, además, conseguí, si no probar, sí adivinar quién era el autor de la plaga de puñaladas.

—¿Ernest?

—Sí. Se aprovechó de la fama de Mahjar Rahjantra para comprometerle. Rahjantra, por otra parte, le andaba buscando; ya sospechaba de él, ¿comprende?

—Desde luego, Buddy. Entonces, todos los muertos...

—Pertenecían a la banda de Fields.

—Es decir, buscaba provocar el terror para quedarse solo con la competencia. Bueno, quiero decir los tres: Aracne, él y Potter.

—Justamente, Sally.

La muchacha se quedó pensativa un momento.

—¿Estará enterado Potter de lo ocurrido? —dijo al cabo.

—Es de suponer. Los diarios han hablado bastante del caso — Meldiver hizo un gesto de pesar—. Pobre «Qumah», no fue sino un juguete en manos de una mujer sádica y caprichosa.

—En medio de todo, era el más inocente —suspiró Sally—. Me pregunto cómo harían ese trío para sacar los diamantes del país.

—A mí me da la sensación de que acababan de empezar. El verdadero contrabandista, es decir, el de mayor categoría, es Fields.

—Ahora se sentirá tranquilo —sonrió la muchacha—. Ha eliminado ya a la competencia..., aunque no levantara siquiera un dedo para conseguirlo...

—Todavía queda Potter, Sally.

—Es verdad, Buddy. ¿No le parece que sería conveniente hablar con él?

Meldiver reflexionó unos instantes.

—Por mi parte, no hay objeción —respondió al cabo.

La pareja se hallaba en un *pub* situado no lejos de la casa de Sally. Ella se levantó en el acto y Meldiver la imitó.

Salieron a la calle.

—Y pensar que todo empezó cuando yo noté por primera vez que me seguían —dijo evocadoramente.

—A causa de unos documentos que ya no han aparecido.

—Debía de tratarse de algo relativo a los «contactos» de Potter, con las personas que le suministraban los diamantes. Hawadi Rahjantra fue a buscarlos...

—Y Ernest, que tal vez estaba allí furtivamente, con objeto de que no lo relacionasen con Potter, acabó con él de una puñalada. Su hermano se enteró de que le culpaban de aquellos crímenes y, además de querer vengar a Hawadi, trató de hallar al auténtico culpable.

—Cosa que no pudo conseguir, Buddy.

—Sí, es ya sabido de sobras —concordó Meldiver.

El coche del abogado se dirigió por la ruta más cercana hacia la casa de Potter. Media hora más tarde, cuando estaban a punto de llegar a su destino, vieron a Potter entrar en un lujoso coche negro.

Thord cerró la portezuela y se puso la gorra de uniforme. Luego corrió a su puesto e hizo arrancar el vehículo.

—Sigámosles, Buddy —propuso la muchacha excitadamente.

Meldiver se hallaba a unos cincuenta pasos del coche de Potter. De pronto, otro vehículo les adelantó y se situó junto al automóvil que conducía Thord.

Una mano salió por la ventanilla del segundo vehículo y lanzó un objeto ovoide y de color negro al interior del automóvil de Potter. Meldiver adivinó lo que iba a suceder y pisó el freno.

La explosión se produjo instantes después, mientras el coche atacante aceleraba fulgurantemente. Hubo un vivo fogonazo, un tremendo estampido y luego el coche de Potter, ardiendo en pompa, saltó a la acera y se estrelló contra una casa con atronador estrépito.

* * *

Los bordes de la copa tintinearón al chocar contra los dientes de Sally.

—To... todavía me tiembla todo... el cuerpo... —dijo ella con voz insegura.

Meldiver sonrió comprensivamente.

—Nos han dado un buen susto —convino—. Y ahora sí que se puede asegurar que una de las dos bandas ha quedado eliminada.

Sally pudo tomar un sorbo de su copa. Los colores volvían lentamente a sus mejillas.

—Es decir, Fields se ha quedado ahora solo con el negocio —dijo.

—En eso estoy yo también de acuerdo —sonó de pronto una voz masculina.

Los dos jóvenes se volvieron a un tiempo. Resoplando como una ballena, el inspector Ryan tomó una silla y se sentó entre ambos.

—Uno de los policías que intervino en el suceso mencionó su nombre, Buddy —dijo

Ryan—. Como sé que lo vieron todo, me imaginé que estarían en alguna parte de las cercanías.

—Hombre listo —calificó Meldiver con una sonrisa—. Bien, ¿qué quiere de nosotros?

—Ni yo mismo lo sé. Hemos encontrado algunos diamantes en el equipaje de Potter, pero menos de los que esperábamos. Y en casa de la señora Worth, a decir verdad, tampoco había muchos.

—A mí me parece que sobrevaloraron sus propias fuerzas —opinó Meldiver.

—En eso yo también estoy de acuerdo, Buddy. Pero nos queda todavía Fields..., que es el pez más gordo, y no sabemos qué hacer para guiarlo a nuestra red.

—Tiéndale una trampa, inspector —sugirió Sally.

Ryan hizo un gesto negativo.

—Es sumamente astuto —contestó—. Ya hemos estado en su casa, provistos de un mandamiento judicial. Sólo nos ha faltado reducirla a polvo..., pero carecíamos de facultades para ello.

—Eso significa que no han encontrado ni siquiera para un alfiler de corbata —sonrió Meldiver.

—Exactamente. Y, sin embargo, los diamantes están en alguna parte y, en alguna forma también, Fields los saca del país.

—Pero hay algo que yo no comprendo, inspector —dijo Sally de pronto.

—¿Qué es, señorita Stelling?

—¿Quién les compra los diamantes en el continente? ¿No le parece que sería más lógico que el tráfico se realizase a la inversa?

Ryan se encogió de hombros.

—Así parece que debería ser, pero no es —contestó—. Ni siquiera hemos tenido la suerte de atrapar un ejemplar; en tal caso, los tallistas de Amsterdam nos habrían indicado su procedencia, ya que no su destino. Un tallista experimentado lo sabe todo sobre diamantes..., pero, repito, no disponemos de un solo ejemplar que nos permita actuar con un mínimo de base.

Meldiver se frotaba la mandíbula pensativamente. Se le había ocurrido una idea, pero no quería hacerla pública en presencia del inspector.

Ryan miró al joven.

—Ha perdido usted una encantadora cliente —dijo.

Meldiver hizo una mueca.

—Aquel león me ponía los pelos de punta cada vez que lo veía —contestó—. Lo que me extraña es que «Qumah» no retomase antes a su estado selvático.

—Pasó miedo, ¿no es así?

—Imagínese, Ryan. Lo que yo pasé en Weathrust Tower no es para deseárselo siquiera al peor enemigo.

—Desde luego. —Ryan volvió a resoplar una vez más y se puso en pie—. Bien, voy a ver si doy con una buena idea para terminar de una vez con este maldito asunto. El contrabando de diamantes está penado por la ley, pero más que nada, por lo que se elude de impuestos, que es donde están las verdaderas ganancias de los contrabandistas. Ahora bien, cuando el asunto se complica con varios asesinatos, el problema se plantea de forma muy diferente.

El inspector se puso en pie.

—Y la dificultad estriba en resolver ese problema —se despidió de la pareja.

Meldiver y Sally quedaron a solas nuevamente.

—Pobre inspector —dijo ella—. Casi me da pena.

—Es un tipo excelente —sonrió el joven—. Sin embargo, sus palabras me han dado una idea.

—¿Cuál, Buddy?

—Un viaje a la granja de Fields.

—¿A pecho descubierto?

—Depende de las circunstancias, muchacha.

—Muy bien, pero le impondré una condición.

—Dígame, Sally.

—Yo iré también con usted. Y no me diga que no, porque si me lo prohíbe, iré sola — declaró la muchacha enfáticamente.

Capítulo XIV

ERA ya un poco tarde. De común acuerdo, Meldiver y Sally decidieron aplazar la excursión a Grulock Farm hasta el día siguiente.

Meldiver volvió a su casa. Allí se encontró con una visita inesperada.

—Creo que nos hemos visto ya —dijo a los dos hombres que ya estaban en el departamento cuando él llegó.

—Tuvimos ese placer, en efecto —admitió Duncan Frobbs.

—Y nos agradó tanto la visita, que hemos venido a repetirla —añadió McDugan. Meldiver vio vasos sobre la mesa, junto a una botella.

—Me parece que ya no será necesario que les invite a beber —dijo.

—Pensamos que a usted no le importaría que nos anticipásemos a sus deseos —manifestó Frobbs.

—Por supuesto. ¿Les importa que yo también me tome una copa?

McDugan hizo un ademán magnánimo.

—Está usted en su casa, abogado —contestó.

—Y después de que haya bebido, díganos dónde está Sally Stelling.

Meldiver se sirvió una copa con toda tranquilidad.

—¿Por qué tiene tanto interés Fields en la señorita Stelling? —preguntó.

McDugan y Frobbs se sobresaltaron.

—Eh, ¿quién le ha dicho ese nombre? —exclamó el primero.

—Este abogado es demasiado listo —rezongó Frobbs.

—Entonces, he acertado —sonrió Meldiver, apoyado en la consola, con el vaso en la mano izquierda.

—Bien, hablábamos de Sally —gruñó McDugan.

—Ustedes, no yo.

—Pero queremos que usted también nos hable de la chica —dijo Frobbs.

Meldiver contempló su vaso al trasluz.

—¿Es una orden de Fields? —preguntó.

McDugan se puso en pie.

—Creo que vamos a tener que recurrir a métodos expeditivos para conseguir lo que deseamos —dijo.

—Hable, abogado —indicó Frobbs desde su asiento—. No nos gustaría tener que hacerle daño.

—Me conmueve su sentido de la compasión —sonrió Meldiver con expresión de burla—. ¿Por qué no me dicen qué es lo que quieren de Sally? De este modo, tal vez yo me sentiría inclinado a colaborar con ustedes.

—Sólo queremos hablar con ella. Usted sabe dónde se esconde.

—Ah, de modo que se esconde.

McDugan se pasó una mano por la cara.

—Está haciéndonos perder la paciencia —masculló.

—Yo no les he invitado a venir a mi casa. Y que les haya mandado o no el señor Fields, es cosa que me trae sin cuidado.

—Por lo visto, usted tiene muy mala memoria. ¿Ya se ha olvidado del golpe que le propiné la primera vez que nos vimos?

—¿Ah, fue usted?

—Sí; y si no contesta inmediatamente, lo repetiré... cincuenta o cien veces, hasta que diga lo que deseamos saber.

Meldiver se echó a reír.

—Es usted un idiota —le apostrofó—. Una mula con dos patas, un mosquito tísico con ropas humanas, hijo, nieto y biznieto de cretinos y, probablemente, padre, aunque no legal, de media docena de cretinos más.

La cara de McDugan se puso roja.

—Dale ya, Jay —le incitó Frobbs.

McDugan avanzó un paso hacia el joven. Un vaso lleno de licor fue a parar repentinamente a sus ojos.

El matón lanzó un rugido de cólera y se dedicó desde entonces a cuidar sus ojos, terriblemente escocidos por el alcohol. Frobbs se puso en pie de un salto.

Meldiver tiró un feroz patadón al bajo vientre de McDugan, de cuya garganta se escapó un chillido inhumano. Acto seguido, saltó hacia

adelante y le propinó un terrible empujón con ambas manos.

McDugan cayó hacia atrás, chocó contra su compinche y ambos rodaron por el suelo. Frobbs bramaba de furia, tratando de apartar a un lado el cuerpo del otro.

Meldiver agarró la botella de whisky y la inclinó, de modo que el licor cayó sobre los ojos y la cara de Frobbs, quien, inmediatamente, hizo el dúo de rugidos con su compañero.

Los dos hampones empezaron a gatear por el suelo de la estancia. Meldiver sonrió; la escena, en cierto modo, era divertida.

De pronto, Frobbs, que no veía nada, tocó un cuerpo humano con las manos. Inmediatamente, empezó a sacudirle puñetazos con todas sus fuerzas.

McDugan volvió a chillar:

—¡Animal, que soy yo!

Frobbs hizo un esfuerzo y se puso en pie. Meldiver lo empujó con ambas manos y, como tenía al otro detrás, cayó de espaldas aparatosamente.

McDugan empezó a recuperarse. Meldiver le dio con el pie en la cara, tirándole de nuevo al suelo. Frobbs se levantaba en aquel momento y volvió a caer.

Meldiver tenía más botellas de whisky. Llenó dos vasos y volvió a rociar los ojos de los invasores. Frobbs empezó a llorar.

—Basta —pidió lastimeramente.

Sentado en el suelo, McDugan hacía esfuerzos por ver. Meldiver se situó tras él, lo agarró por los pelos y le quitó la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

Frobbs le tiró un manotazo cuando quiso repetir el gesto. Meldiver le golpeó con el cañón de la pistola en la sien.

—No se mueva —dijo enérgicamente.

Frobbs se percató de que la derrota era completa y se quedó quieto. Las dos pistolas pasaron a poder del joven.

—Pueden irse —dijo—. Y despídanse de conocer el paradero de la señorita Stelling; es asunto de alto secreto.

* * *

El teléfono sonó de pronto.

Meldiver empezaba a dormirse y levantó el aparato.

—Hola —dijo con voz pastosa.

—Buddy, ¿ha oído las últimas noticias?

—¿Tan interesantes son que me despierta a estas horas, Sally? —se quejó él.

—Son muy interesantes, en efecto. Fields está a punto de emprender su viaje para batir el record de distancia en globo libre.

—¿Cuándo, Sally?

—Mañana, pasado lo más tarde, según las condiciones meteorológicas, que parece mejoran con rapidez.

—Ya entiendo. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros?

—Sencillamente, ir a Grulock Farm.

Meldiver frunció el ceño.

—¿A estas horas? —se estremeció.

—Podríamos llegar tarde, Buddy.

—Bueno, si se marcha...

—Pero, ¿es que no lo comprende? Fields se irá con su mujer y sus dos ayudantes en el *Audax*, que es el globo mayor de los dos. Bueno, la diferencia con el *Blue Dart* no es demasiada, pero van a viajar cuatro y el *Audax* tiene más potencia ascensional.

—Y usted opina que van a marcharse del país.

—Sí, Buddy.

Meldiver reflexionó un instante, mientras consultaba la hora.

—Las doce de la noche —murmuró—. No llegaremos a Grulock Farm antes de las tres de la madrugada, y eso con mucha suerte.

—Pero debemos ir inmediatamente. Cada minuto que pasa puede resultar vital, Buddy. El joven se resignó.

—Está bien, dentro de una hora estaré en la puerta de su casa —prometió.

—Media hora, Buddy —pidió ella.

—La distancia es excesiva. ¿Quiere que me arresten por ir a demasiada velocidad? Aún perderíamos más tiempo. Una hora, Sally, y no rebajo un solo minuto.

—Está bien. Ande, gandul, empiece a vestirse ya.

* * *

El coche rodaba a buena velocidad, pero a la muchacha le parecía que iban a paso de tortuga.

—¿Es que no puede correr más, Buddy? —dijo, impaciente.

Meldiver quitó gas y arrimó su automóvil a la cuneta. Paró y se apeó, mientras ella le contemplaba con extrañeza.

—Pero, ¿qué hace?

—Conduzca usted. Avíseme cuando vaya a salirse de la carretera —respondió Meldiver de no muy buen humor.

Sally comprendió el reproche y se mordió los labios. Pero se sentó tras el volante y arrancó apenas Meldiver hubo ocupado su puesto.

El joven reclinó la cabeza en el respaldo y cruzó las manos sobre el estómago.

—Sea prudente, Sally —aconsejó.

—Tengo los nervios a punto de estallar, Buddy —confesó ella.

—No me lo jure... —Meldiver bostezó aparatosamente—. En cambio, yo me caigo de sueño.

Estiró las piernas. El motor roncaba con suave ritmo.

—Buddy —dijo ella de pronto.

—¿Qué hay, Sally?

—Quizá me llame cosas en su interior y esté echando pestes de mí, por haberle sacado de la cama...

—Puede estar segura de ello. Tengo el presentimiento de que no corría prisa ir a Grulock Farm,

—Yo pienso lo contrario que usted, Buddy.

—¿Sí? —Meldiver bostezó de nuevo—. ¿En qué se basa para ello?

—He descubierto el medio de que se vale Fields para sacar los diamantes del país.

—Muy interesante. ¿Cómo lo hace? ¿En el hueco de un bastón, tal vez, Sally?

—No. En globo.

—Ah, ya; por eso se dice que los diamantes están por las nubes... ¡Ha dicho en globo! —gritó Meldiver, despabilándose repentinamente.

Sally sonrió satisfecha.

—Ya lo ha oído —confirmó.

Meldiver volvió a reclinarse en el asiento.

—Un método muy inteligente y que los libera de toda sospecha —murmuró—. Entonces, para impedir que saque del país esta partida de diamantes, sólo es necesario...

—Exactamente lo que está pensando: pinchar los globos —concluyó Sally la frase incompleta de su acompañante.

Capítulo XV

HABÍA ya un poco de luz cuando llegaron a las inmediaciones de la granja.

Los dos globos, situados en la explanada que había ante la casa y separados entre sí por una distancia de cincuenta o sesenta metros, se balanceaban ligeramente al influjo de la brisa matutina.

El tejido del *Audax* era a fajas verticales amarillas y anaranjadas. El *Blue Dart* era de color liso, azul casi plateado y, por su volumen, resultaba algo más pequeño que el otro globo.

Una simple amarra sujetaba a cada uno de los aerostatos. Los sacos de lastre pendían fuera de las barquillas.

La casa estaba a oscuras. Meldiver y Sally, precavidamente, habían dejado el coche a un par de kilómetros de distancia.

Meldiver contempló la explanada desde el exterior de la verja.

—Tendremos que hacer algo para no hacer funcionar la alarma —murmuró.

—Una escalera... —sugirió la muchacha.

—No serviría de nada. Y ya no podemos utilizar aquel árbol que nos dio tan buen resultado la vez anterior.

—Se lo dio a usted. En cuanto a mí, el susto que me llevé...

Meldiver se echó a reír.

—Vamos a ver si encontramos algún sitio en el que podamos cavar aunque sea con las manos, para pasar por debajo —propuso.

Sally se deslizó hacia la izquierda. De pronto, lanzó una exclamación.

—Eh, Buddy, la puerta está abierta.

Meldiver respingó.

—¿Cómo es posible? —se extrañó.

—No lo sé, pero está abierta. Entremos, Buddy —dijo ella resueltamente.

Sally pasó al otro lado y Meldiver la siguió en el acto. Se acercaron a los globos y los contemplaron en silencio durante unos segundos.

—Por nada del mundo subiría yo a uno de estos cacharros —dijo Sally de repente.

—A mí ya me gustaría, aunque con un aeronauta experimentado a mi lado, claro.

—¿Qué sabe usted de globos, Buddy?

—Si se arroja lastre, suben. Si se tira de la cuerda de apertura de la válvula y se suelta gas, bajan. Lo demás lo hace el viento.

Sally se metió el índice en la boca y luego puso la mano en alto.

—Viento del Oeste —dijo a continuación.

—Sí, justamente el que estoy necesitando para ir hacia el Este —sonó la voz de Duke H. Fields.

* * *

A la imprecisa luz del alba, Meldiver y Sally pudieron contemplar al chiflado de los globos, que parecía surgido del seno de la tierra. La hermosa Marianne Brynd se hallaba a su lado.

Fields sostenía una pistola con la mano derecha. Era un sujeto cercano a los cincuenta años, todavía muy bien conservado y de aspecto elegante y distinguido.

—Otra vez ustedes —dijo.

—Esta vez no nos hemos caído de un árbol —contestó Meldiver.

—El hombre a quien pillaron debajo está aún en el hospital, con un montón de huesos rotos.

—Lo siento tantísimo —dijo el abogado—. ¿Qué piensa hacer con nosotros ahora?

—Me han ahorrado un trabajo —declaró Fields.

—El de buscarme a mí —intervino Sally.

—Sí, justamente, señorita Stelling.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué interés tengo yo para ustedes?

—Era la secretaria confidencial de Potter. ¿Le parece poco? —dijo Marianne, que hablaba por primera vez.

—Pero había cosas que no...

—Nos referimos a ciertos documentos —habló Fields—. Justamente, los relativos a la red que Potter y los Worth estaban organizando para la recepción y distribución de diamantes. Estarán en clave, naturalmente, pero usted conoce su paradero.

—Están equivocados. Jamás he visto esos documentos ni tengo la menor noticia de ellos.

Fields se encogió de hombros.

—Ahora ya importan poco, a decir verdad —manifestó—. La competencia ha quedado eliminada y el negocio es para nosotros solamente.

—Para ustedes ha resultado un hecho favorable la intervención del león —dijo Meldiver.

—Y lo que «Qumah» no pudo hacer, ellos lo completaron con una bomba de mano —añadió Sally.

—En los negocios, en todos, sólo el más fuerte sobrevive —declaró Fields glacialmente. —Aracne y sus compañeros nos habían causado muchos perjuicios —dijo Marianne. —Sí, Ernest Worth era un virtuoso del puñal —convino Meldiver.

—Quisieron espantarnos, pero no lo consiguieron. Al final, fueron ellos los que sucumbieron —dijo Fields.

—Bien, de acuerdo, pero ¿qué pasará ahora con nosotros? —quiso saber la muchacha. Fields hizo un gesto de pesar.

—Frobbs y McDugan han tenido que salir, pero volverán urgentemente —contestó—. Por ello han encontrado la puerta abierta, descuido que castigaré oportunamente. Aunque les daré la ocasión de redimir su falta.

—¿Cómo? —preguntó Meldiver.

Fields sonrió perversamente.

—Ellos se encargarán de ustedes —respondió.

Hubo un momento de silencio. Meldiver calculaba sus posibilidades.

De repente, con gesto súbito, disparó su pie derecho. Fields, sorprendido, no pudo esquivar a tiempo y el arma saltó de su mano derecha.

Marianne lanzó un grito. Meldiver sé arrojó contra Fields y lo derribó con un par de buenos golpes.

La mujer se le echó encima. Meldiver comprendió que no debía entretenerse en contemplaciones y golpeó su estómago a fondo.

Marianne boqueó y se sentó en el suelo. Sally se había apoderado ya de la pistola.

De repente, lanzó un grito. Meldiver la agarraba por la cintura y la alzaba a pulso.

—Pero, ¿qué está haciendo? —chilló.

—Vienen los matones de Fields —contestó él—. Tenemos que salir disparados de aquí, Sally.

Y la dejó caer en el interior de la barquilla del globo más pequeño.

—Pero yo no quiero volar...

Meldiver saltó a la barquilla.

—Le volarán los sesos si no vuela en globo —dijo, mientras buscaba la amarra—. Y esta vez, va en serio.

La cuerda que sujetaba el globo tenía un cierre automático. Meldiver lo destrincó y, casi en el acto, el *Blue Dart* saltó al aire.

McDugan y Frobbs llegaban en aquel momento. Vieron al globo que se elevaba, vieron a Fields y a Marianne caídos en el suelo y sacaron sus pistolas.

Meldiver contestó con varios tiros, empleando la propia pistola de Fields. Los matones se dispersaron apresuradamente.

Sally miró un instante hacia abajo y vio la tierra que se alejaba con rapidez. Sintióse acometida por un fuerte vértigo y se sentó en el suelo de la barquilla.

—A mí me va a dar algo —sollozó patéticamente.

* * *

En la barquilla del *Audax* había un rifle. McDugan corrió hacia el arma, se apoderó de ella y la encaró hacia el globo que ascendía con gran rapidez a las alturas.

—¡No —chilló Fields—, todavía no!

McDugan le miró con extrañeza.

—Los diamantes están en el *Blue Dart* —explicó Fields.

Un par de coches se acercaban a toda velocidad hacia la granja. Marianne los vio, adivinó la identidad de sus ocupantes y lanzó un chillido:

—¡La policía!

—Al *Audax*, pronto —gritó Fields.

Los cuatro se atropellaron en su ansia de trepar a la barquilla del

globo. Fields soltó la amarra y el *Audax* empezó a ganar altura.

—Soltad una docena de sacos de lastre —ordenó.

McDugan y Frobbs cumplieron la orden. El globo ascendió con mayor rapidez.

—¿Podremos seguir al *Blue Dart*? —preguntó Marianne.

—Por lo menos, lo veremos caer, si llega a atravesar el Canal, cosa que no dudo. ¡Arrojen más lastre!

Los policías eran ya unos puntos pequeñitos en la explanada. Frobbs y McDugan rieron a mandíbula batiente cuando los vieron correr para eludir los impactos de los sacos de arena que descendían de lo alto con terrible zumbido.

El *Audax* se situó al nivel del otro globo. Dado que era de mayor volumen, el viento lo impulsó con más fuerza.

—Se nos acercan —dijo Meldiver preocupadamente.

Sally dominó sus aprensiones y se situó en pie, agarrada con fuerza a dos de las cuerdas que sostenían la barquilla.

—Si empiezan a tiros con nosotros... —murmuró.

Meldiver largó unos cuantos sacos de lastre. El *Blue Dart* se elevó unos cientos de metros.

El otro globo, aunque lentamente, continuaba ganando espacio. Meldiver reconoció que Fields era un magnífico aeronauta.

En el *Blue Dart* había un altímetro. La aguja señalaba ya mil quinientos metros.

El sol salió y dio de lleno en los globos. Reinaba un silencio absoluto en las alturas.

Las voces de los ocupantes del *Audax* se escuchaban a la perfección, a pesar de la distancia de cuatrocientos o quinientos metros que separaba a los aeronautas.

El *Audax* continuaba dándoles alcance. No podía ascender más, a menos que sus ocupantes soltasen todo el lastre, pero en cambio el viento lo hacía avanzar a mayor velocidad, al ofrecer una mayor superficie a su empuje.

El mar apareció súbitamente por debajo de ellos.

—Esperaremos a estar en Francia —dijo Fields—. Entonces, abriremos el fuego sobre ellos.

* * *

La voz de Fields, a pesar de que había hablado con normalidad, llegó

claramente a la barquilla del *Blue Dart*.

—¿Ha oído usted, Buddy? —preguntó Sally.

Meldiver asintió en silencio. Sólo contaba con una pistola y ya había gastado cuatro o cinco tiros. Le quedaban muy pocos cartuchos y dos o tres orificios en la superficie del *Audax* no le causarían grave daño.

Pero, en cambio, Fields y los suyos disponían de un rifle y dos pistolas. Con una docena de agujeros, el *Blue Dart* caería como una masa inerte a los pocos momentos.

Meldiver empezó a buscar armas en las cajas que había en el fondo de la barquilla. Sally dijo:

—Lanzaré un par de sacos de lastre.

Había dos de ellos en el interior, cosa que no dejó de extrañarle. Quiso soltar uno de ellos, pero, de pronto, la boca del saquete se abrió y la arena contenida en su interior se derramó en la barquilla.

Algo cayó al suelo: una bolsa de plástico transparente, que permitía ver lo que había en su interior.

—¡Buddy! —llamó.

Meldiver estaba acucillado junto a una caja y se volvió en el acto. Vio la bolsa de plástico y sus ojos brillaron tanto como los diamantes que había en su interior.

—Estaban dentro de este saco de lastre, Buddy —explicó la muchacha.

Meldiver se fijó en que había otro en el interior de la barquilla, cosa que no le pareció muy normal.

—Abra el segundo saquete —aconsejó.

Sally obedeció. Una segunda bolsa llena de diamantes apareció en el acto.

—Un método muy ingenioso para sacar los diamantes del país —comentó él—. ¿Quién se iba a figurar que los sacos de lastre servían para el contrabando?

—Y por eso los tenían dentro de la barquilla, para diferenciarlos de los restantes.

—Sí. Pero este globo es más pequeño. ¿Por qué no los tenían en el otro?

—Muy sencillo. Estoy segura de que Fields proyectaba escapar, solo con Marianne, dejando a los otros que se las arreglasen como pudieran. Ahora, sin embargo, no les ha quedado otro remedio que continuar pidiéndoles su ayuda.

—Es muy probable que tenga usted razón, Sally. Y, a juzgar por lo que estoy viendo, Fields debía de pensar en dar por terminadas sus actividades. Los diamantes que hay en esas bolsas valen una fortuna.

Sally había recogido ya las bolsitas. En cada una de ellas había cuarenta o cincuenta piedras preciosas de enormes dimensiones.

—¿Qué haremos con esto, Buddy? —consultó.

—Los diamantes es lo que menos me preocupa en este momento —respondió Meldiver—. ¡Mire!

La muchacha volvió la cabeza. El *Audax* estaba ya a cien metros de distancia en vertical y menos de cincuenta en horizontal.

—Esperen un momento todavía —dijo Fields—. Aún no hemos alcanzado la costa francesa y conviene que el *Blue Dart* caiga en tierra firme.

—Me parece que te vas a llevar un chasco, amiguito —dijo Meldiver, haciendo saltar un objeto de forma ovoidal en la palma de su mano.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Sally, asombrada.

—Estaba en la caja de repuestos. Era... un «repuesto» más.

Meldiver consultó el altímetro. Hacía ya bastante frío a dos mil doscientos metros.

—Sally, arroje cuatro o cinco sacos de lastre, rápido —ordenó de pronto.

El *Audax* estaba ya casi bajo ellos. Meldiver arrancó la anilla de seguridad y lanzó la bomba de— mano.

Cuatro pares de ojos siguieron la trayectoria parabólica del huevo infernal. Fields tiró desesperadamente de la válvula de gas, a fin de perder altura, pero ya era demasiado tarde.

La bomba chocó contra la parte superior del globo, rodó un par de metros y se deshizo en una formidable llamarada. Un enorme boquete se abrió en el acto en la tela.

El gas salió a chorros, con ímpetu incontenible. El *Audax* se bamboleo un poco y luego empezó a descender, cada vez con mayor velocidad.

El globo perdió su forma esférica y se convirtió en una especie de huso que descendía vertiginosamente hacia las aguas del canal de la Mancha. Meldiver y Sally, asomados a la borda, contemplaron fascinados la caída del *Audax*.

Los gritos de terror de los ocupantes del globo se alejaron velozmente.

—¿Resistirán el impacto, Buddy? —preguntó.

Meldiver hizo un gesto negativo.

—Son dos mil doscientos metros de caída —contestó.

* * *

El inspector Ryan asomó la cabeza y contempló a la pareja, estrechamente abrazados en el diván.

—Como no me contestaba nadie... —se justificó, por entrar sin llamar.

Meldiver y Sally continuaban abrazados.

—Gracias por sus buenos oficios cerca de la policía francesa —dijo el abogado.

—Yo también tengo que agradecerles algo —sonrió Ryan.

—No se preocupe más por el asunto. ¿Recibió los diamantes?

—Por supuesto. ¿Qué tal el aterrizaje, abogado?

—Lo hice como un experto..., pero también con mucha suerte.

—Ya. Lo que nadie se explica es cómo el *Audax* pudo explotar en pleno vuelo. Estaba hinchado con helio, que no es inflamable, al contrario del hidrógeno, que sí lo es.

Meldiver y Sally pusieron cara de circunstancias.

—Nosotros tampoco nos lo explicamos —contestó él.

—Lo hubieran pasado mal, de haberse tratado de hidrógeno —sonrió Ryan—. Pero, bueno, ¿es que no se van a soltar?

—Imposible, inspector —dijo Sally—, Me encuentro muy a gusto en los brazos de mi esposo.

—Nos hemos casado en Francia —añadió Meldiver.

Ryan hizo una mueca.

—Entonces, ¿por qué presume de que hizo tan buen aterrizaje? —exclamó sarcásticamente.

Y se marchó, dejando solos a la pareja.

—Buddy, ¿qué ha querido decir el inspector? —preguntó Sally intrigada.

Meldiver hizo aún más presión con los brazos.

—No te preocupes, nena —contestó—. Ryan siempre fue un tipo comido por la envidia.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España